

EL NAHUAL ERRANTE

**SUPERVILLANOS Y UN
MUNDO DISTÓPICO**

EL NAHUAL ERRANTE

EL ARTE DE LA TRANSFORMACIÓN Y EL MIEDO

Título: El Nahual Errante #19 Supervillanos y un mundo distópico

Fecha de publicación: 10/02/2025

Maquetación y diseño editorial: Belem Leal

Consejo Editorial: Leonora Montejano, Miguel Diaz, Arely Fuentes

Portada: IA

Playlist: Arely Fuentes

Contacto: elnahualerrante@gmail.com

Página: <https://elnahualerrante.com>

El copyright de las imágenes pertenece a sus respectivos autores y/o productoras/distribuidoras.



CONTENIDO

CARTA EDITORIAL

SUPERVILLANOS Y UN MUNDO DISTÓPICO 4

OMEYOLLOA

UN SUPERVILLANO INEVITABLE 6

AMOXTLI

EL PENSAMIENTO CRÍTICO ESTÁ EN LLAMAS : FAHRENHEIT 451 9

TLATLAPANA

TERNURA SALVAJE 12

ICNOCUICATL (CANTO TRISTE)

HE SIGNS HIS NAME WITH CAPITAL G 14

EL NAHUAL Y YŪREI ナワアルと幽霊

KIPO Y LA ERA DE LOS MAGNIMALES: UNA DISTOPÍA COLORIDA 17

ANECDOTARIO

MI SUPERVILLANO 18

SASANILI O EL ARTE DE NARRAR

3042 20

VOLUNTAD DE LA TIERRA 22

THE DIAMONDEYE 25

EL CONTENEDOR 29

EL MAESTRO 32

PECADORES 35

EL MENSAJERO 38

EL LOCO DE LOS LIBROS 41

LA MUJER DE SILICIO 44

THE MUTE 48

CAUDILLO 51

LOS NAHUALES

SUPERVILLANOS Y UN MUNDO DISTÓPICO

Nos adentramos nuevamente en el umbral entre lo humano y lo sobrenatural en esta edición de El Nahual Errante. En cada página, el horror y la mística se fusionan, recordándonos que los monstruos no sólo habitan en los mitos, sino también en las profundidades de la naturaleza humana. Esta entrega reúne relatos que exploran la furia, el deseo y el dolor de la existencia, llevándonos por escenarios oscuros donde la vida y la muerte convergen de maneras inesperadas.

Los símbolos de la destrucción cobran vida para invitarnos a reflexionar sobre temas tan crudos como el resentimiento, el instinto de supervivencia y las luchas de poder. Estos cuentos no sólo entretienen, sino que también examinan los impulsos más ocultos y las emociones intensas que forman parte de nuestra esencia. En esta edición exploramos el concepto del "supervillano", y los mundos distópicos que nos invitan a la reflexión sobre nuestra sociedad.

Agradecemos su fidelidad y su paciencia en cada entrega, que busca cautivar, incomodar y desafiar con cada línea. Esperamos que esta edición enriquezca sus noches, alimente su curiosidad y, sobre todo, los inspire a explorar más allá de lo visible.

Atentamente,

El Consejo Editorial

¿Ya tienes tu libro?
¿Tienes una gran idea y quieres escribirla?

Publica tu Libro

Fácil, rápido y seguro

Una editorial de escritores
para escritores...



Kreko Producción

Contacto:

5561127824

 @krekoproduccion

 @krekoproduccion



- | | | |
|--|--|---|
| <input checked="" type="checkbox"/> Taller personalizado | <input checked="" type="checkbox"/> Ilustración interiores | <input checked="" type="checkbox"/> Ejemplar en digital |
| <input checked="" type="checkbox"/> Acompañamiento | <input checked="" type="checkbox"/> Diseño gráfico | <input checked="" type="checkbox"/> Publicación |
| <input checked="" type="checkbox"/> Corrección de estilo | <input checked="" type="checkbox"/> Diseño editorial | <input checked="" type="checkbox"/> Distribución |
| <input checked="" type="checkbox"/> Ilustración portada | <input checked="" type="checkbox"/> Ejemplares en físico | |

literatura que crece.



UN SUPERVILLANO INEVITABLE

MIGUEL ÁNGEL DÍAZ BARRIGA N.

En mis años de navegar dentro del psicoanálisis, me he encontrado con decenas de casos en los que alguien entra en negación al no soportar la culpa y el malestar de generar daño.

Voy a poner un ejemplo: un hombre llega al consultorio con sufrimiento. No entiende bien porqué, pero se siente muy mal después de haber engañado a su mujer.

“No me siento mal por el engaño, me la pasé bien, pero ahora no puedo ver a mi esposa a los ojos” me dice, “se llama culpa” respondo.

“¿Por qué me daría culpa si no está mal? Es normal que un hombre lo haga” se justifica, “si no está mal ¿Por qué lo ocultas?” replico.

“Ella se enojaría” responde con obviedad, “Entonces sí está mal... para ella. Si se entera, serías el malo de su película” finalicé. Él, con un rostro de asombro, primero lo niega, después entiende, al final llora, pero lo que no puede soportar no es el sufrimiento de otra persona, sino el hecho de haber estado mal.

Eso me lleva a pensar lo siguiente: No estamos preparados para ser el supervillano, aunque sea inevitable.

Hay un mundo alterno en nuestras mentes en el que consideramos que somos buenos, que somos imparciales, que no fallamos o no herimos. Andamos por la senda correcta sin lastimar a nadie porque hay bondad en nuestras intenciones siempre, y si, por alguna razón, caemos en lo contrario, somos fácilmente perdonados por nuestra inocencia al actuar. Pero la realidad es un poco distinta: haremos daño, siempre, sin excepción alguna, todos lo haremos. Sobre todo, si somos personas amables, dignas de amarse, cariñosas y con seres cercanos.

¿Por qué? Si hacemos todo con la mejor intención ¿Por qué dañamos? Por lo mismo, porque al ser queridos por los otros tenemos la herramienta para dañar emocionalmente, y esto es por la única y simple razón de ser humanos. Es nuestra naturaleza errar, fallar, equivocarnos, caer en tentaciones egoístas, en fin, en herir a esa persona que ha depositado su confianza en nosotros.

Hay un *deber ser* en la mente, una ley de acción verdaderamente estúpida, que no nos permite fallar, y que nos condena al sufrimiento de la culpa y del *no perdón* propio.

¿Cómo es que yo, pudiendo no hacerlo, terminé haciéndolo? ¿Cómo fallé de esa manera? Curioso, este pensamiento viene siempre después de la acción, es decir, que no hay empatía mientras se hace. Nos vencemos al deseo y actua-

mos, a veces, con un nivel de planeación extraordinaria. Sacamos nuestros mejores pretextos y mentiras, con tal de no ser “los malos de la historia”, no de “no herir”.

Al final, el daño que se termina guardando a largo plazo, aquel que se convierte en tema de terapia, casi siempre, termina siendo el “no puedo perdonarme” y no el “no puedo perdonarlo/a”. Las sesiones de terapia más complicadas son las del auto-perdón.

Ser el supervillano es inaceptable, queremos ser el héroe, el amante de la comedia romántica, al grado de que algo tan común como fallar, fallarle a alguien, es lo peor de lo peor. Somos capaces de perdonar a otros, pero no a nosotros mismos, porque el malo, el villano, es algo que no tenemos permitido. Ese nivel de responsabilidad sólo puede ser librado por un personaje ficticio. La realidad es que seremos todo junto, es verdad, hay que evitar dentro de lo posible ser los malos, pero al final así será.

Miren sus historias personales, identificarán uno o dos nombres de los que, de seguro, nosotros somos los villanos, y probablemente así sea y el mundo distópico donde no lo son, únicamente existen en nuestras cabezas. De mi parte, sé perfectamente en qué historia fui el malo. Saludos, a mi inocente víctima, allá donde esté, espero que esté feliz, y sé que contará su versión donde fui el supervillano, y no estará mintiendo.



El pensamiento crítico está en llamas : Fahrenheit 451

ESCORIA MEDINA

Vivimos en un mundo en caos constante donde todos los días algo muere y de la misma manera, algo nace. Perdimos el valor para apreciar el principio y el fin de algo por la premura con la que suceden las cosas. La velocidad de la información nos consume y en cuestión de horas o minutos, lo que era importante ya no lo es más.

Es difícil que a este ritmo podamos detenernos unos minutos y pensar en nuestro alrededor, contemplarlo. De manera optimista, el sonido de las aves, el viento sobre el rostro, las hojas que se mecen, podrían provocar en cualquiera un despertar, aunque momentáneo. Pero desde mi punto de vista, más pesimista y decadente, detenerse a pensar un minuto sobre el mundo sólo me deja más odio, más guerras, más pestilencia y muerte para donde quiera que volteo.

¿Qué queda entonces, vivir alienado al entretenimiento superfluo para apagar las ideas de autodestrucción en un mundo que se muere en cada soplo de vida? Ray Bradbury nos propone despertar antes de que sea demasiado tarde. Antes de que la rapidez de la guerra nos consuma en un pestaño. La novela nos presenta a Guy Montag, un bombero que no apaga incendios, sino que los crea quemando libros. El acto de destrucción del conocimiento lo hemos visto desde que el hombre comenzó a resguardar el saber

en piedra y papel. Siempre los protectores del bien común han incitado a destruir el pensamiento que nos ponga en conflicto con el otro, que nos haga cuestionarnos si las normas vigentes son las correctas y ante el conocimiento, la lógica y la razón, pareciera que siempre gana el miedo y la ignorancia (escribo pensando en la biblioteca de Alejandría pero inmediatamente la realidad me golpea en la cara con los acontecimientos actuales) y terminamos por “purificar” lo que tanto conflicto provoca por el bien del futuro.

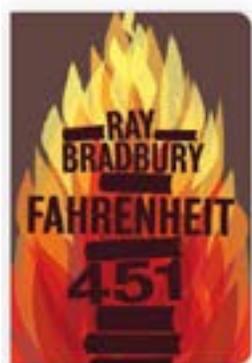
El furtivo encuentro con Clarisse McClellan, una adolescente que, lejos de pertenecer a la alienación social, provoca en el protagonista una llama que lo quema por dentro, el pensamiento crítico que todo ser humano tiene por naturaleza (apagado en muchos, claramente), comienza a volverlo infeliz en una sociedad donde no hay cabida para la melancolía y los sentimientos de aflicción. Las pantallas gigantes que emiten risas y felicidad, los sonidos sin valor o emoción alguna, los placeres sin límite ni restricción como mero entretenimiento, ha llevado a la sociedad de Guy Montag a un apagón emocional y crítico. El bombero no quema los libros sólo porque están prohibidos, además, la gente ha dejado de interesarles, así como la cultura y el arte puesto que nos provoca infelicidad. Arthur Schopenhauer afirma que el conocimiento aumenta el padecimiento,

pero es el pensamiento crítico el que nos abre los ojos a una realidad decadente. ¿Realmente queremos ver esa realidad? Pareciera que ya no. Preferimos el entumecimiento intelectual antes que voltear a ver todos los males que tarde o temprano nos caerán encima.

Fahrenheit 451 es una crítica de la sociedad en la que vivía Ray Bradbury en 1953 donde la censura y el “final” de la Guerra Fría eran parte de la cotidianidad y, aun así, al día de hoy, la obra no ha caducado y la ciencia ficción que propone la novela, parece que nos alcanza estrepidamente. Si bien no vivimos enajenados sobre enormes televisores, sí lo hacemos sobre pequeñas pantallas que guardamos en nuestros bolsillos que, en un principio, nos abrieron la puerta al conocimiento del mundo, pero ahora, son parte del entretenimiento diario con el que buscamos escapar de la realidad que nos asfixia. Un minuto de *scrolling* se vuelven horas de videos que sólo nos entretienen, de desinformación que sólo alimenta nuestra ignorancia, de *haters*, de puritanos que protegen valores que ni ellos profesan, de exterminación, de violencia, de maltrato animal y así vamos acumulando lo peor de la humanidad en el internet y nos sorprende que las inteligencias artificiales aprendan rápidamente de nuestra naturaleza vil.

El colapso de Guy Montag es también nuestro propio colapso al ver que nuestro mundo se derrumba y antes de intentar hacer algo, prendemos la pantalla de nuestros dispositivos móviles y nos olvidamos que la nación vecina está preparando el terreno para una nueva ola de xenofobia y odio que ya nos alcanza en nuestro propio territorio. Aun nadie quema libros, como lo plantea la novela, y el conocimiento está ahí para ser tomado, pero a pocos les interesa. Nos entretiene el show mediático, queremos ver justicia rápida, aunque falsa, queremos ver finales felices, películas entretenidas, algo que nos haga reír, algo que podamos olvidar rápidamente para continuar corriendo a 100k/h y no darnos cuenta que estamos a punto de estamparnos. Algo, lo que sea pero que no nos recuerde que vivimos sobre basura.

Fahrenheit 451 es una advertencia sobre los peligros de la apatía, las consecuencias de no mover ni un dedo en el momento preciso. Los libros no hacen a nadie una mejor persona, pero sí son el símbolo donde la humanidad ha resguardado su conocimiento. La libertad de pensamiento es un derecho que debemos proteger, no solo de gobiernos autoritarios, sino también de la indiferencia y la pasividad de la sociedad.



goodreads

Fahrenheit 451

Ray Bradbury

★★★★☆ 3,96 2.606.765 valoraciones · 82.851 reseñas

La novela terriblemente profética de un futuro postalfabetizado.

Guy Montag es bombero. Su trabajo consiste en quemar libros, que están prohibidos, pues son la fuente de toda discordia e infelicidad. Aun así, Montag es infeliz; hay discordia en su matrimonio. ¿Hay libros escondidos en su casa? El sabueso mecánico del departamento de bomberos, armado con una jeringa letal, escoltado por helicópteros, está listo para rastrear a aquellos disidentes que desafían a la sociedad para preservar y leer libros.

La clásica novela distópica de un futuro postalfabetizado, *Fahrenheit 451* se sitúa junto a 1984 de Orwell y *Un mundo feliz* de Huxley como relato profético de la esclavitud de la civilización occidental a manos de los medios de comunicación, las drogas y el conformismo. La

prosa poderosa y poética de Bradbury se combina con una asombrosa percepción del potencial de la tecnología para crear una novela que, décadas después de su primera publicación, todavía tiene el poder de deslumbrar y conmocionar.



TIERNURA SALVAJE

GABRIEL NIETO

En el 2022, Alberto Vázquez Rico, un cineasta, guionista e ilustrador catalán, presentó al mundo un proyecto especialmente original. Aunque es casi imposible evitar la comparación con Happy Tree Friends, la verdad es que Unicorn Wars es una propuesta totalmente aparte. Una película animada, con una estética equilibrada entre lo tierno y lo oscuro, dirigida a un público adulto y que toca temas complejos e incómodos.

Tras vivir en armonía en El Bosque Mágico, los unicornios decidieron atacar a los ositos hasta expulsarlos, desde entonces, los derrotados decidieron comenzar una guerra de reconquista del territorio. La historia comienza cuando dos hermanos mellizos, Azulín y Gordi, se encuentran enlistados y entrenando

en la academia militar, vemos la formación de un escuadrón, así como la evolución de discordias, rencores y ambiciones entre ellos. Los ositos son lanzados a una guerra santa enfrentando su posible muerte aún sin terminar su entrenamiento, lo que deja al descubierto el miedo de los personajes, como la posible corrupción de los altos mandos. Azulín resulta representar el lado corrupto y malvado que provoca la guerra, mientras que Gordi es una referencia a la esperanza y la virtud.

En este mundo distópico vemos, a pesar de lo infantil o cursi que pudiera parecer la sinopsis en un inicio, de la animación y los nombres de los personajes, una representación cruda y terrible de la guerra, de la fe ciega y lo terrible que pueden ser las pasiones. Aunque envueltos en refe-



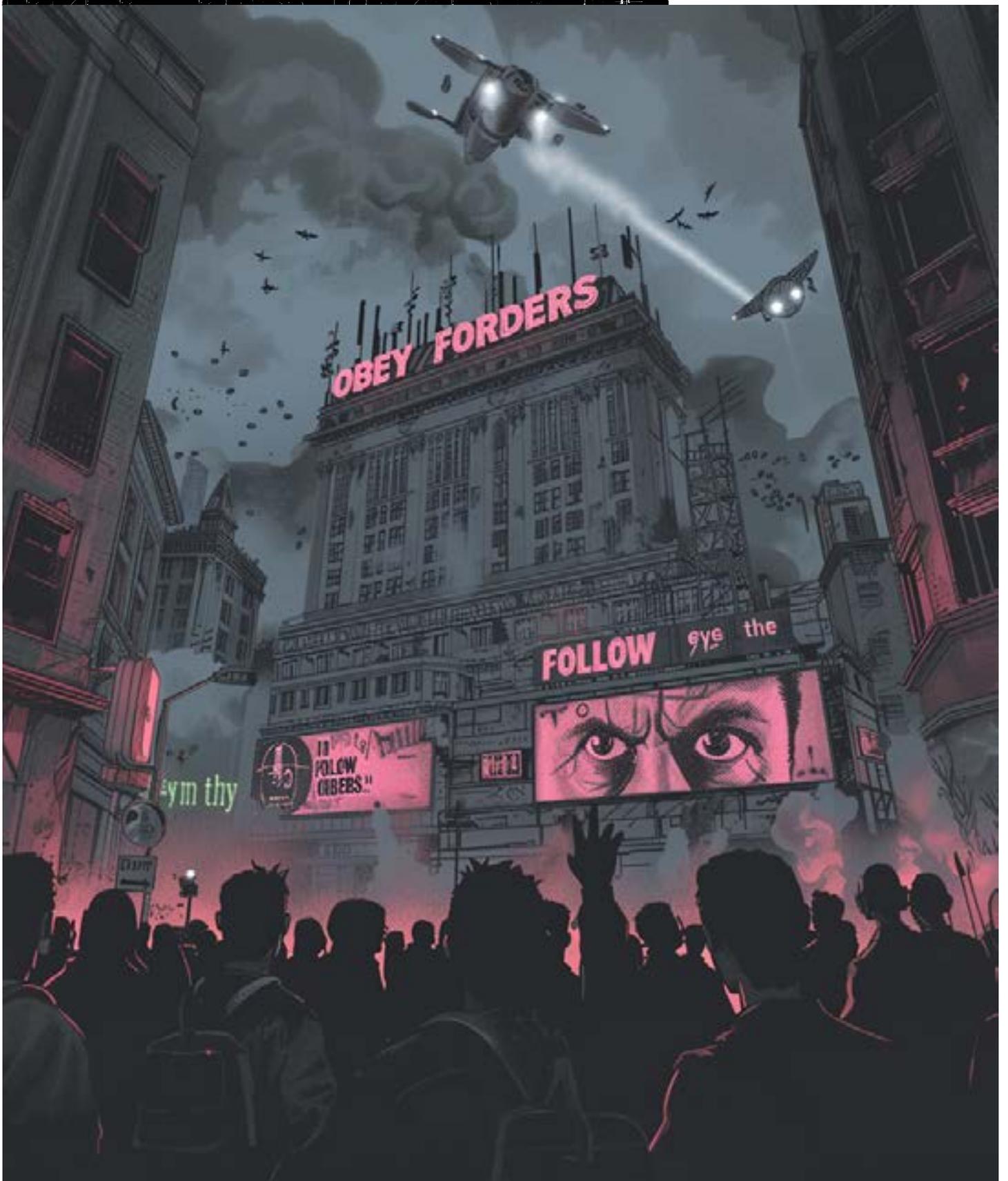
rencias tiernas, como el nombre de *Academia Corazón: Honor, dolor y mimos*, o del *Sargento Caricias*, la verdad es que la película no es para nada infantil, tocando temas adultos como la política en la guerra, el fanatismo religioso, las drogas, con muertes brutales y explícitas y con escenas sexualizadas a conciencia.

España ha entregado cine y televisión de muy alta calidad en las últimas décadas, y ahora lanza esta animación de primera, bien pensada y perturbadora. Se puede entender que no a todos les guste; uno espera algo muy distinto a lo que van a recibir. Insisto, la comparación con *Happy Tree Friends* no tiene lugar, es inapropiada, hablamos más bien de una mezcla entre *Full Metal Jacket* o *Apocalipsis Now* con los relatos bíblicos.

Tenemos un villano claro, no podemos evitar notarlo en *Azulín*, aunque si nos queremos ver más profundos se nos presenta en la guerra y la religión. A un nivel personal encontré al supervillano en el odio, un odio creado en el hijo por

el divorcio de unos padres, la aparente traición de una madre a la familia, de un favoritismo hacia el otro hermano, al odio que se deriva de la envidia, de los celos, del rencor. Es un odio que vemos nacer y crecer, tomar fuerza e impactar sin piedad en toda la historia hasta que culmina en una revelación inesperada y simbólica, de la cual no quiero hablar mucho más allá de un consejo: pongan atención a los simios.

Unicorn Wars es recomendable, también es perfectible, no lo niego, pero es un trago fresco en un cine que se ha encapsulado en una estrategia establecida y repetitiva. ¿Vale la pena? Completamente ¿Les va a gustar sin duda? Para nada, es capaz que no conectes con ella, pero la razón es la que la hace especial, no estamos acostumbrados a ver tanta ternura tan salvaje, es incómodo, pero también es una verdad humana.



HE SIGNS HIS NAME WITH CAPITAL G¹

FLORENCIA FRAPP

¹ Nine Inch Nails. (2007). Capital G. En Year zero [Digital], Estados Unidos.: Interscope Records.

La vasta discografía del duque blanco se presta para volver a ella sin repetir canciones, sin embargo, en esta ocasión “*Five years*” es un buen comienzo en esta historia ¿Qué pasaría si se conociera la fecha del fin del mundo? Esta canción del disco “*The rise and fall of Ziggy Stardust and the spiders from Mars*” de David Bowie cuenta la historia de un mundo catastrófico en el que la gente está perdiendo la cabeza al saber que su planeta llegará a su fin en tan solo 5 años, y en aquél estado de desesperanza, empiezan a cometer actos atroces, se ha convertido en un lugar sin ley, sin fe, sin principios.

A lo largo del disco *Year zero*, la banda estadounidense Nine Inch Nails, narra lo que sucedería en un mundo en el que los humanos han agotado casi por completo los recursos naturales y cómo en un intento de mantener el control, el gobierno empieza de manera totalitaria a vigilarlo todo y a todos.

El *track 2* de *Year zero* es el que anuncia el descontrol que se avecina por el desabasto de recursos: «*She gave us all she had but we went and took some more*»². Y con el desabasto llegó la rebelión, la gente quiere seguir viviendo su vida como solía hacerlo y es ahí donde la vigilancia comienza «*they tell us what we can and can not do*»³, «*you’ll put on this blindfold You’ll do what we tell you*»⁴.

De igual manera la agrupación de metal progresivo Dream Theater en su larguísimo disco conceptual “*The Astonishing*” habla sobre un imperio distópico en el que no existe otro medio de entretenimiento además de unas máquinas que solo generan ruido, en este mundo hay un hombre al que quieren asesinar por-

que tiene la habilidad de crear música y el emperador lo ve como una amenaza para su reino. Así como este tirano no quiere que alguien genere un poco de felicidad en su población, en el mundo de *Year zero* eligieron al que parecía la mejor opción como gobernante y resultó ser una persona despiadada a la que, según los pobladores, corrompió el poder y no siente piedad por nadie por lo que no le importa asesinar a quien sea que se interponga en su camino.

Por suerte el villano de “*The Astonishing*” cambia de parecer y decide no asesinar al músico al ver que no hace mal a nadie con sus interpretaciones, bueno, y también porque su hija está enamorada de él.

Lamentablemente, *Year zero* no termina con un “y vivieron felices por siempre” ya que el injusto gobernador tiene todo tan controlado que la gente siente que es omnisciente y que está cambiando a su antiguo Dios por otro, uno nuevo que en vez de piedad y misericordia infunde terror y furia. Más adelante en el disco quien cuenta la historia acepta que también se corrompería con tal poder, pero sabe que sin esa autoridad lo único que le queda es matar para mantenerse con vida, todo bajo la clandestinidad para que el gran «*eye in the sky*»⁵ no se entere.

2 Nine Inch Nails. (2007). *Survivalism*. En *Year zero* [Digital], Estados Unidos.: Interscope Records.

3 Nine Inch Nails. (2007). *Vessel*. En *Year zero* [Digital], Estados Unidos.: Interscope Records.

4 Nine Inch Nails. (2007). *Meet your master*. En *Year zero* [Digital], Estados Unidos.: Interscope Records.

5 The Alan Parsons project. (1982). *Eye in the sky*. En *Eye in the sky* [LP], Reino Unido.: Arista Records, Inc.



Kipo y la Era de los Magnim

ESCORIA MEDINA

Esta maravillosa serie animada de DreamWorks, que llegó a Netflix en 2020, se basa en un webcomic de Radford Sechrist. La protagonista, Kipo Oak, es una chica optimista (quizá demasiado para un apocalipsis) que debe sobrevivir en un mundo postapocalíptico repleto de animales mutantes gigantes y sociedades que parecen sacadas de una mezcla entre un zoológico y un festival de música alternativa.

A diferencia de las distopías comunes donde todo es gris y deprimente, en *Kipo*, el mundo postapocalíptico es un carnaval de colores, con una naturaleza exuberante. Por supuesto, la humanidad ha caído en desgracia y ha tenido que refu-

giarse en las profundidades de la tierra, impidiendo que sus habitantes salgan a la superficie para preservar la especie.

El detalle interesante es que este caos de flora y fauna no está ahí solo para embellecer; es una gran metáfora. En esencia, la humanidad intentó ser la dueña del planeta y... bueno, el planeta dijo “hasta aquí llegamos”. Ahora, la naturaleza tiene el control, y los humanos deben adaptarse o quedarse en sus *bunkers* subterráneos mirando las paredes... bueno, no tanto así, pero la humanidad ha dejado de ser la especie dominante y, por lo tanto, su vida debe llevarse a cabo en estos *bunkers* con las limitaciones que eso conlleva.

Uno de los temas más potentes de la serie es el clásico conflicto “nosotros contra ellos”, solo que aquí el “ellos” son



Maganimales: Una Distopía Colorida

hámsters gigantes y mandriles con complejo de Napoleón. El villano más icónico, Scarlemagne, es un mandril lleno de drama que termina por empatizar con el espectador. Su rencor hacia los humanos tiene razones de peso, lo que lo aleja del típico malo malvado sin motivo. Es un recordatorio de cómo el dolor y el resentimiento pueden generar ciclos viciosos de odio.

Kipo es una serie sobre identidad, diversidad y, sobre todo, aceptación. Es la personificación del “vamos a llevarnos bien”. La protagonista, con su personalidad radiante, alegre y optimista, brilla en medio de este mundo caótico. Busca que humanos y mutantes convivan en un solo mundo, pero claro, no es tan fácil cuando

unos te quieren comer y otros te quieren esclavizar. La serie muestra que cambiar el mundo no se trata solo de tener buenas intenciones; también hay que lidiar con miedos, prejuicios y un montón de malentendidos.

En resumen, *Kipo y la Era de los Maganimales* es una aventura salvaje, divertida y sorprendentemente profunda. Te hará reír, reflexionar y, quizá, preguntarte si tu gato está planeando dominar el mundo. (Probablemente sí.)



Mi supervillano

LEONORA ZEA

Hablar de la adolescencia, más específicamente de mí adolescencia, aún es un tanto doloroso.

Esa etapa de mi vida, a diferencia de las otras niñas de mi colegio, no estuvo llena de fiestas, pijamadas, idas al cine, y de los chicos ni hablar.

Sobra decir que entre mis dientes salidos, mis lentes, los cambios físicos y hormonales que vienen en esta etapa (sudoración extrema, acné, la deformación del cuerpo por el crecimiento de las caderas y el pecho), y mi baja autoestima fue un festín para el *bullying* en una secundaria tan pequeña que no únicamente sabías el nombre de todos, si no que sabías todo sobre la vida de todos, vidas creadas a partir de los chismes y los murmullos.

¿Y qué tiene que ver todo esto con los supervillanos? Se preguntará el lector. Fácil. Fue aquí donde la conocí.

Como una especie de demonio, no la veía solamente en la escuela, de algún modo se había apoderado de mí. Comía, me bañaba, me dormía pensando en ella, no de un modo romántico, sino de un modo aterrador. Incontables veces me hizo dormir entre lágrimas.

Todo el tiempo, cual sombra, me perseguía, escuchaba su voz aún en la soledad de la regadera. Ojalá me hubiera dicho palabras como “que feliz estoy de conocerte” o “mira que linda eres”, o “qué inteligente” o “qué creativa”, pero no.

Eran palabras tan llenas de odio que la idea de la muerte empezó a rondar por mi cabeza. “Nadie te extrañará” “A nadie le importas” “Le harías un bien a la humanidad” “¿Ya te viste hoy en el espejo con esos dientes salidos, cuatro ojos? ¿Para qué te arreglas si de todos modos eres fea? ¿De verdad crees que Diego se fijaría en alguien como tú? ¿Volviste a sacar seis en matemáticas? De veras que eres idiota... eres un fenómeno que no debería siquiera existir.

Intenté pararla muchas veces, pero siempre terminaba igual, escondida en el baño para que no me vieran llorar. Intenté hablarlo con mis padres, pero nunca tuve el valor de decirles, no quería ser una carga más para ellos, un motivo más para sus preocupaciones y discusiones. Era, o eso creía, mucho más fácil regresar con una sonrisa e inventar cualquier historia absurda en donde me invitaban a las fiestas, pero prefería quedarme en casa leyendo, repitiendo los chismes que escuchaba a la distancia, fingiendo que tenía amigos y que los chicos pasaban de mí, sí, era mucho más fácil inventar una historia cada día que romperles el corazón.

Pronto, sus poderes demoníacos aumentaron. Ya no sólo eran sus opiniones hirientes. Había adquirido la habilidad de leer la mente de todos y con gran gusto me lo susurraba casi con una sonrisa.

“¿Ya viste que Diego te está mirando? Ni te emociones, están hablando de ti, ¿Quieres saber qué está pensando? Está pensando en lo horrible que estás, que nunca había visto a una chica tan fea como tú, ahora se está imaginando besarte con esos dientes todos salidos.

“Las niñas están hablando de ti, qué mal gusto tienes, ¿acaso no sabes lo que es un cepillo? Ni aunque te regalaran el perfume más caro de París podrían quitarte ese horrible olor, ¿acaso no conoces lo que es el jabón?

Y no se detuvo ahí... Siguió con mis profesores, con mis padres, con mi hermana, con todos aquellos que conocía y quería... me dejó en una terrible soledad.

El único consuelo que encontraba era entre el movimiento de la cola de mi perro y mis libros, mis adorados libros. Eran lugares sagrados a los que no podía acceder, tal vez por la sencilla razón de que esos momentos no se trataban de mí, le pertenecían a alguien más.

Sobreviví, crecí, tuve amigos, amigos de verdad. Y cual exorcismo, la terapia me libró de su voz, y cual eucaristía en forma de pastillas poco a poco la fui olvidando, aunque de vez en vez aún trata de herirme, pero aprendí a vivir con ella, a sobrellevar su voz.

Ansiedad, la llamó mi psicóloga.

Así que sí, querido lector, aquel demonio que casi me llevó al suicidio, aquél super villano que me hirió tan profundamente no era otro más que yo misma, mi autopercepción, mi propia voz.

No digo que el *bullying*, y las burlas no existieron, que las risas con los dedos apuntándome fueron imágenes ficticias, qué más quisiera yo, pero me llevó muchos años comprender que lo que creía que pensaban y decían de mí, palabras que yo no podía oír, eran las cosas que únicamente estaban en mi mente, porque evidentemente, aunque la Ansiedad diga lo contrario, el mundo no gira alrededor de mí y claro está que aunque a veces se siente como verdadero no puedo leer las mentes, no puedo saber lo que la gente piensa con un gesto, una mirada o un saludo... Ansiedad, le llama mi psicóloga... solo es eso Ansiedad.



3042

VICTOR D MANZO OZEDA

Esto es lo que te enseñan desde el primer día: el implante lo es todo. El implante te regula. Te controla. Te hace “feliz”. Y cuando no puedes cumplir con lo que te piden, bueno, el implante te apaga. Así es como la Orden Monocroma mantiene la paz en la Ciudad de Erebo Central.

Y después estás tú, un tipo como Corlan Drayk, el tipo que hizo trampa en la ruleta de la felicidad. Sin implante. Sin correa. Libre. Claro, “libre” es un término relativo cuando vives escondido en túneles y basureros pestilentes, comiendo comida enlatada que expiró hace dos décadas y buscando restos de tecnología que la Orden no haya destruido.

Corlan no es un héroe. No es el tipo que levanta banderas y lidera revoluciones. Es el tipo que roba partes de máquinas viejas y las vende en el mercado negro para sobrevivir un día más. Pero cuando escuchó el rumor, ese maldito rumor sobre una máquina enterrada en las entrañas de Erebo, no pudo ignorarlo. Las malas lenguas lo llamaban el Interfaz Liminal. Un dispositivo que, según decían, podía desconectar los implantes de toda la población. Apagar la red. Liberar a todos.

O, más probablemente, joderlo todo.

Ahí está, Corlan, en un túnel donde el aire apesta a mierda y algo que podría ser carne podrida de, quizás una rata, quizás un humano. La linterna en su casco ilumina paredes cubiertas de graffiti antiguo, nombres de personas que probablemente

ya no existen desde hace siglos. Cada paso suena más fuerte de lo que debería, y no puede evitar imaginar a los Observadores ya siguiéndolo, esos híbridos de carne y metal que patrullan en busca de tipos como él.

Pero no, todavía no lo han encontrado. Todavía está vivo.

Cuando llega a la cámara donde está la máquina, lo primero que piensa es: “Esto parece una porquería”. La cosa es grande, una estructura de metal negro y cables como venas retorcidas, pero está cubierta de polvo y grietas, como si hubiera estado ahí olvidada desde el inicio de los tiempos. Corlan no tiene idea de cómo encender algo así, pero está ahí, así que hace lo único que puede hacer: toca botones al azar.

El primer zumbido lo hace retroceder. Algo en la máquina se enciende, un resplandor azul que se propaga por los cables como si la cosa estuviera despertando. Por un momento, Corlan siente algo que no ha sentido en mucho tiempo: curiosidad. Pero eso no dura.

Porque entonces aparece ella.

La Observadora. Una mujer alta con ojos que brillan como plata líquida, su cuerpo cubierto de placas metálicas que parecen moverse con cada respiración. Su voz no es una voz; es un zumbido que se mete en la cabeza de Corlan, como si su cerebro estuviera siendo pirateado. “No puedes detenernos”, dice. “La Orden es perfecta”.

Y ahí está, el problema de siempre: Corlan contra una máquina diseñada para aplastarlo.

No es que tenga un plan. No es que sea bueno en esto. Solo hace lo que siempre hace: improvisa. Saca el rifle de plasma que apenas funciona, dispara como loco y corre mientras la cosa le lanza lo que sea que tengan esas máquinas como versión de balas. El campo de energía de la Observadora desvía sus disparos, pero eso no importa. Corlan solo necesita un segundo, un espacio, una oportunidad.

Cuando ve una caja de control cerca de la máquina, sabe que es ahora o nunca. Saca un dispositivo de interferencia de su mochila, algo que compró por dos latas de comida y un cigarro rancio. No debería funcionar. Pero lo hace.

El pulso electromagnético desactiva el campo de energía de la Observadora por un segundo, solo un segundo, pero es suficiente. Corlan dispara al núcleo de la cosa, y la Observadora cae al suelo, chisporroteando y gimiendo como una radio rota.

Ahora está solo con la máquina.

Respira hondo, presiona el botón más grande que ve, y todo explota en luz. No literalmente. Es más como una onda que atraviesa su cuerpo, algo que hace que todo se sienta demasiado claro, demasiado real. Corlan siente el pulso salir de la máquina, extendiéndose como una bomba silenciosa a través de la ciudad, apagando los implantes uno por uno.

Desde la superficie, escucha el caos. Gritos. Gente despertando de su “felicidad” y encontrando algo mucho peor: ellos mismos. Sin filtros. Sin programación. Humanos, en el sentido más crudo de la palabra.

Corlan debería sentirse bien. Debería sentirse como un héroe. Pero lo único que siente es cansancio. La Orden lo buscará. No descansarán hasta encontrarlo.

Agarra su rifle, se pone su mochila al hombro y desaparece en los túneles. No es un salvador. Nunca lo será. Pero hoy, al menos por hoy, el mundo está un poco menos jodido gracias a él. O tal vez no. Pero eso ya no es su problema.



VOLUNTAD DE LA TIERRA

LUIS ARIEL ALFONSO CONYEDO

La carretera se encontraba resquebrajada. Entre el asfalto destruido y las ruinas de los rascacielos se alzaban los árboles. Ella lo observó todo. La verdad era que hubiera preferido que las cosas no acabaran así, pero no le dejaron otra opción. De nuevo miró alrededor. Se fijó en los trozos de capas y en los cadáveres con trajes vistosos. Los héroes. O así era cómo se hacían llamar aquellos guerreros que trataron de detenerla. Supuestamente les importaba mucho el futuro del planeta, pero colaboraban con las empresas que lo destruían, mismas que les habían proporcionado las escafandras y máscaras antigás para no respirar ese aire viciado que destrozaba a los más pobres, a los animales y a las plantas.

—Detente —le había dicho uno de los héroes—. Entendemos tus razones, pero ese método no es el correcto.

—Es cierto —añadió otro—. Aunque parezca increíble hemos dado algunos pasos en la dirección correcta, hay zonas que se consideraban muertas y hoy allí crecen flores.

Eso era cierto. Solo que las «zonas muertas» eran los casquetes polares que los humanos, a causa de su imprudencia, derritieron. Ciudades enteras perecieron bajo las olas, sin embargo, consideraban que ella era el monstruo.

Pero ella era Gaia. La voluntad de la Naturaleza misma, la enviada para sanar al planeta herido. Lastimado por los humanos. Su cuerpo era de piedra con venas de lava; el cabello, una maraña de lianas y plumas. A grandes rasgos, era una mezcla de todo aquello que deseaba salvar. Se llevó las manos a la cabeza. Tal vez ya era demasiado tarde, tal vez no hubiera forma de curar a ese mundo. Aunque los héroes y casi todos los humanos estaban muertos, las secuelas del desastre seguían presentes.

Unos niños pasaron corriendo por delante. En cuanto la vieron se quedaron petrificados de horror. Gaia se aproximó. El mayor de los infantes se puso delante del otro y extendió los brazos en actitud protectora:

—No nos hagas daño —rogó. Las lágrimas se le escapaban de los ojos.

El otro empezó a chillar. Gaia podría eliminarlos sin ningún esfuerzo, como había hecho con ciudades enteras, sin embargo, se quedó observándolos.

—Por favor —chilló el mozalbete.

¿Por qué no los eliminaba y ya? Los humanos no cambiaban y darles una oportunidad era dejar que lo arruinaran todo de nuevo.

—Por favor —se lamentó la consciencia de la Tierra en lo profundo de su cerebro.

Gaia tuvo que llevarse las manos a la cabeza para aliviar el dolor que la había invadido. Estaba desobedeciendo a su patrona. Pero quizá esos niños sí fueran diferentes. Era posible que ellos, con la guía adecuada pudieran ayudar al planeta a recuperarse. Allí estaban llorando, abrazados y temblorosos.

—¡No teman, pequeños! —dijo Gaia, intentando que su profunda voz gutural sonara inofensiva.

—¡NO! —bramó la Tierra.

Gaia se retorció de dolor, lo que provocó un sismo. Sus emociones se reflejaban en la naturaleza. Los niños la miraron confundidos, ellos no podían escuchar los lamentos de la Tierra. Por la mente de Gaia surcaron las imágenes de por qué estaba allí. La pérdida de especies, el aire lleno de humo y contaminantes, la destrucción de los arrecifes, el derretimiento de los casquetes polares... una lista interminable de crímenes perpetrados contra la madre de todos: la Tierra.

—¡Mátalos! ¡Mátalos! —ordenaba la patrona.

Gaia sabía que lo mejor era obedecer, sin embargo, algo le impulsaba a no hacerlo. Transmitió otras imágenes de forma mental a la Tierra. Planes de conservación, proyectos de algunos científicos que fueron silenciados por gobiernos egoístas, intentos de reforestación. Tal vez esos niños pudieran continuar aquellos ideales. No era necesario seguir siendo la villana.

El pavimento siguió rompiéndose y brotaron más plantas.

—No teman, pequeños —estaban horrorizados.

—¡No nos mates!

—No los mataré, pero deben hacerme un favor.

—¿Qué favor?

—Deberán salvar al mundo.

Los niños miraron los restos de los héroes, los que iban a salvar el mundo y se convirtieron en cadáveres. Si seguían esos pasos, lo más probable era que acabaran igual. Se levantaron y salieron corriendo.

—¡Esperen! —gritó Gaia. No la escucharon.

No iba a dejarlos escapar. No tenía idea de cuántos humanos quedarían en el mundo, pero no debían ser muchos.

—¡Esperen! —dijo de nuevo.

La ira comenzó a abrirse paso en su interior al ver que no la escuchaban. Fue tras ellos. Los chiquillos, al ser perseguidos, aumentaron la velocidad.

—¡Esperen! —tronó.

Aparecieron lianas que los envolvieron con tanta fuerza que apenas podían moverse. Ella se les acercó y puso una mano en la cabeza de cada uno. La voluntad de la Tierra se infiltró en las mentes infantiles. Gaia estaba cansada de ser la villana. Si debía destruir los pensamientos de esos pequeñajos para convertirlos en simples marionetas y salvar al mundo, que así fuera. Una sonrisa se le escapó.



THE DIAMONDEYE

DANIEL GREENE

Hoy Pavel debe dejar el hospital. El seguro del trabajo acepta como mucho tres meses de internamiento y, aunque suele ser más que suficiente para los otros trabajadores gubernamentales, su agencia tiene uno de los trabajos más peligrosos del país. Por mucho que las grandes figuras mediáticas puedan regenerar sus heridas a gran velocidad, la mayoría de los 'sobrehumanos' tiene una tasa de curación marginalmente más rápida. Pero eso no le importa a la Federación. A la Federación le importa mantener su ley que prohíbe las distinciones entre la población sobrehumana y el público en general, así que todos los servidores públicos ganan lo mismo, los seguros son exactamente iguales para todos. Eso deja a Pavel recogiendo las cosas de su cuarto en el sanatorio, tropezando al caminar, porque hoy debe irse al aeropuerto y volver a casa. Las piernas le pesan, el daño en sus tímpanos no sana y aún no se acostumbra a su nueva sensibilidad ante la luz. En el pasillo, Hafsa espera. Ella le dará un aventón. Ha sido su enfermera desde que él despertó del coma y no sólo habla su idioma, su mera presencia atenúa los síntomas. Los lugares más lejos de la capital federal mantienen sus costumbres, su idioma, idiosincrasias anteriores a la unión global total; por eso tienen entradas eléctricas de hace unos cincuenta años, el internet es lento y las noticias llegan tarde. Pero para el seguro, tres meses son tres meses en todos lados. Una semana antes de la fecha límite, Pavel

recibió una carta de la capital agradeciéndole por su servicio a la Federación. En la carta, el seguro 'lamentablemente' informa que no puede seguir pagando su internamiento, el que denominan electivo, como si Pavel hubiese estado en coma por elección. Sin duda eligió cruzar el mundo para retirar minas, pero esa es la clase de misiones que paga más. Nunca ha sido bueno para pelear y no tiene poderes como tornar el plomo en oro. Le queda vivir de sueldo en sueldo, de misión en misión en misión. No es como Phillip, que da en el blanco siempre que dispara. Lo de Pavel es más bien la creatividad. Hace un año más o menos pensó que podría convertir minas en flores, bombas en plantas, es más fácil extraer mala hierba que explosivos. Ahora sus piernas quedaron tan débiles que debe descansar cada cinco minutos. Pero está vivo, vivo para no dejarle los gastos del funeral a Phillip ni a la Federación. La agencia de sobrehumanos no va a devolverle la agudeza visual: los halos borrosos alrededor de cada objeto se le quedarán de por vida; pero si se va ahora, la agencia le pagará el vuelo a casa. Con suerte tendrá dos días antes de volver a trabajar.

Pavel emerge de la habitación, maleta en mano. Arrastra los pies porque le pesan los muslos. Hafsa tomó prestada una silla de ruedas y lo obliga a sentarse una última vez. Ruedan frente a rehabilitación, donde Anton se despide exhausto como siempre. El médico de guardia y las enfermeras de la estación no hablan el mismo idioma que Pavel pero le sonrían porque él siempre tuvo una sonrisa para ellos durante su estancia. En la recepción, la jefa de enfermeras acomoda un hermoso bambú que Pavel transformó de una lata vacía. El guardia de la entrada los detiene y de su chaleco saca un cuadrado diminuto de plástico: un adaptador eléctrico. Desde que despertó, Pavel había pedido uno; quería llamar a Philip para reportar que estaba bien, pasar una tarde entre chistes malos y quejas inocuas. Pero su entrada eléctrica era distinta. Al verlo desesperado, Hafsa intercedió: "De cualquier forma, lo más probable es que la agencia ya le haya dicho a tu compañero cómo estás". El argumento de su amiga le devolvió la calma y apenas ahora alguien pudo encontrarle un bendito adaptador. Le servirá en el aeropuerto. Con un 'gracias' que pronuncia a medias en el idioma local, Pavel y Hafsa se encaminan al estacionamiento cuando una sombra los detiene justo en la puerta automática. La sombra se alisa el traje negro, muestra la placa de agente federal, Administración de sobrehumanos. El flequillo en corte recto cae sobre los ojos del administrador y su rostro se ve de tan corta edad que no concuerda con el nudo experto en su corbata. Probablemente se lo hizo la madre antes de salir. Todos los miembros de esa Administración deben ser personas comunes y corrientes cuya tarea es poner en orden a los sobrehumanos, recordarles de forma sutil que no son superiores por ganar la lotería genética. En general, la población sobrehumana tiene pocos cumplidos para los administradores, a lo mucho no habla de ellos o dice sus nombres con desdén. Este administrador primerizo seguro cree en los rumores que llaman a Administración de sobrehumanos el segmento laboral con mayor riesgo. Los rumores dicen que las capacidades sobrehumanas yacen en un gen que también está relacionado con el control de los impulsos, y por eso los agentes como Pavel deben tratarse como perros con correa corta, encaminar su violencia innata hacia el bien federal. El administrador carraspea, mira hacia la sombra proyectada por la luz del mediodía —Buenas tardes. —Hafsa echa la silla de ruedas hacia atrás para que las puertas automáticas se cierren. El trajeado busca en su maletín, negro y reluciente, saca un documento que empieza a hojear. —¿Señor Ingham?

El zumbido en los oídos impulsa a Pavel a la distracción. Sus padres le dieron una infancia privilegiada en la que los turnos extra y el exceso de trabajo eran una forma de probar que los Ingham no necesitaban ventajas genéticas injustas para destacar. Por eso, cuando Pavel descubrió sus poderes, eligió irse de casa. Se consiguió otro empleo para pagarse la carrera él solo. Ahora, trabajando en la agencia y con la universidad trunca, las reuniones familiares están llenas de mentiras e incomodidad porque Pavel 'no es un médico' como si la enfermería fuese inferior, porque Pavel 'renta un cuarto' como si conseguir casa propia fuera fácil. Por eso es que valora tanto a Phillip. Aunque solo es un par de años mayor que él, Phillip le acogió bajo su ala. Le enseñó lo que pudo sobre la vida adulta. No le ha solapado sus decisiones pero tampoco le ha dicho qué hacer a menos que Pavel le pida consejo. Phillip fue la única persona a la que pensó avisarle cuando despertó, aunque seguro se hubiera echado uno de sus sermones de siempre, el clásico 'te distraes demasiado'. Phillip toma misiones igual que él, va del otro lado del mundo a desarmar bombas pero no cree que Pavel se pueda concentrar lo suficiente para un trabajo donde su vida dependa de ello. Bajo la mirada del guardia y las enfermeras de la recepción, Pavel recibe el documento. Lee los largos párrafos en letra diminuta y su mente divaga otra vez hacia sus memorias en la capital: Phillip y él comiendo en ese sitio de hamburguesas de mala muerte. Pavel en los hombros de Phillip pidiéndole que por favor, por favor, suspenda la gravedad en torno a ellos solo un poco para bajar a un gato de un árbol. Cuando Pavel le contaba de esa culpa nacida de su capacidad, Phillip se remontaba al sarcasmo y las anécdotas: 'yo hubiera querido nacer millonario y sin los problemas que tuve; cambiaría por eso lo que ahora puedo hacer'. La madre de Phillip murió de cáncer y la cascada de formularios sin llenar junto con las horas extras que tomaba tan solo para asegurarse lo mínimo lo llevaron a no entregar los documentos antes de la fecha límite. Por el retraso tuvo que pagar la cuenta completa del hospital. Pavel recuerda que su compañero fue al velorio y volvió esa misma tarde para hacer horas extra. Desde entonces, Phillip solo habla de lo mucho que espera su pensión. De vuelta en el presente, Pavel se talla los ojos y respira profundo. —¿Cuándo...? —La carta no lo especifica pero da igual. Cuidadoso, Pavel dobla el documento en dos, luego en cuatro partes. Sostiene el papel entre sus manos y la celulosa blanco estéril se vuelve un esmeralda profundo con vetas amarillas. Las vetas crecen y se abren antes que un núcleo negro de mayor densidad se abra justo sobre el amarillo y el verde. Hafsa mira la hermosa flor mancharse con una lágrima que reluce como una gota de rocío y trata de consolar a Pavel con una mano en el hombro pero él ya se está levantando de la silla. Ofrece al trajeado el girasol más grande que ha visto jamás. —Toma. —Su pupila deforme se dilata como un rombo y, para luchar contra el silencio, el administrador murmura: 'la impresión te va a costar'. Pavel sigue en silencio, coloca las manos sobre los hombros del administrador y las desliza hacia las clavículas, casi acariciándole la ropa. El guardia de seguridad quiere acercarse pero Hafsa se interpone. Las enfermeras gritan de horror. El médico se levanta de su silla e incluso Anwar sale a ver qué ocurre. No hay sangre, no hay gritos, solo un traje arrugado en el suelo con un girasol encima. Pavel sostiene entre sus manos una pequeña flor silvestre envuelta con el halo luminoso de su

aberración visual. Acaricia el tallo gris y lanza un sollozo mientras huye cojeando al estacionamiento. Las piernas le punzan y se deja caer entre la acera y un automóvil hasta que Hafsa se sienta a su lado. No hay dolor.

Phillip Grimshaw entra a su antiguo escritorio con una caja entre las manos, por suerte no tiene que echar a nadie, aunque no le hubiera molestado hacerlo. Desde el cubículo de junto, Marco se incorpora; tiene una toalla sobre los ojos para refrescarse después de trasnochar.

—¿Ahora también revives?

Phillip deja caer la caja sobre el escritorio con el entrecejo arrugado.

—Un imbécil cometió un error, puso en mi hoja de pensionado que la pensión era por muerte, y tuve que volver. —Jala la silla que cruje bajo su peso de una forma tan familiar que casi lo reconforta. —Da lo mismo, hay un asunto que solo puedo resolver yo. —Empieza a acomodar sus papeles igual que antes, enormes carpetas a reventar de folios. Hasta para las misiones urgentes, los trámites son necesarios.

—¿Fuerza bruta sin testigos?

—Alguien del otro lado del mundo está convirtiendo a la gente en flores, le dicen el Ojo de Diamante.

Marco esboza una sonrisa jovial, pero en sus ojos hay un brillo de tristeza cansada. —Cada vez más de ese lado y menos del nuestro.

—Si vieras mi pensión, no podrías culparlos.



EL CONTENEDOR

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Nadie sabía su verdadero nombre, eso hubiera implicado que conocieran su identidad secreta, sin embargo, aquello era un enigma, al igual que mucho de lo concerniente a él. Incluso se desconocía el alcance real de sus poderes. Era el superhéroe definitivo, el más grande de la historia. El arte y la creatividad mortal nunca diseñaron a un ser tan perfecto. Las personas lo llamaban «El Contenedor». Sabían que su habilidad radicaba en tener dentro suyo lo que fuera. Usaba un traje blanco en el torso y el abdomen rojo en las extremidades; sus botas eran de ambos colores. Era alto, atlético, moreno y de cabello ensortijado. No usaba guantes ni máscara. Cuando alguien necesitaba de su ayuda, el blanco de su pecho brillaba y se le abría un agujero, desde allí sacaba armas o herramientas con las cuales solucionar el problema de turno. Dicen que tiene de todo en las entrañas, eso podría ser verdad: de ese hueco, que da al interior de su cuerpo, ha extraído artefactos de los más inesperados, desde vehículos para maniobrar, alas para volar, bolas de plasma para disparar, aunque siempre ha actuado con cuidado, de este modo no lastima inocentes ni daña los rincones de nuestro planeta. El Contenedor es asombroso.

Podemos verlo ahora gracias a la labor de la prensa tras los huracanes que asolaron el sur del Perú. Las zonas más afectadas fueron Arequipa e Ica. Ha hecho un gran trabajo en Arequipa, ahora sigue con la otra región. Pisco ha quedado en gran parte desolada. El Contenedor ayuda con eficacia a los supervivientes. Camina junto

a unos niños que están emocionados por tenerlo cerca. Del hoyo de luz, ubicado en su pecho, extrae toda clase de cosas: medicinas, ropa, alimentos... esto nos ahorra diversos viajes, pues las donaciones del interior del país y de otros lares han tardado en llegar, la burocracia es terrible en nuestra nación, pero los compatriotas se han unido, inspirados en la obra del guardián de la Tierra. Los superhéroes son símbolos que representan varias cosas estupendas: solidaridad, valor, honor; es increíble ver cómo, gracias a la unión de los peruanos y el apoyo extranjero, salimos poco a poco del caos. Aunque hubo muchas víctimas mortales, los sobrevivientes fueron puestos a salvo. Las labores de reconstrucción de la ciudad se iniciarán en breve; de momento, queda ayudar a los heridos y a los que perdieron sus bienes, incluyendo sus residencias. Los huracanes no son comunes aquí, el cambio climático ha provocado que los desastres naturales aumenten en los últimos años. Por fortuna, tenemos a El Contenedor; después de haber derrotado a todo aquel que amenazaba el globo, sigue salvando a la gente del enemigo más grande que existe: los fenómenos atmosféricos. Es maravilloso, del interior del superhéroe salen árboles que producen frutos, los niños están comiendo. La situación aquí está controlada, el lugar ya es seguro, seguiremos informando.

Me gustaría decir tu nombre, pero sé que no lo tienes; tranquilo, los demás se fueron, estamos solos. Es sabido que eres amable con los mortales, me cediste tu tiempo, aunque te arrepentirás de hablar conmigo. No te intimides, soy un hombre anciano, no soy como ese supervillano al que derrotaste, «El Devastador», que utilizaba poderes sónicos y caloríficos para destruir grandes extensiones de terreno. Usaste sus poderes en contra suya, hiciste que se quedara sin suelo y cayera, de esta forma murió. Sacaste de tu interior un aparato que le desvió sus ataques, muy inteligente. Todos te felicitaron. Derrotaste a una amplia gama de adversarios. Eres el único «héroe» que nuestro mundo ha tenido, nunca hubo otros, y yo sé por qué: no sabías cómo encajarlos en tus planes. La revelación te da nervios, ¿cierto? Debe resultar extraño para alguien que siempre ha tenido el control de todo. Tú, siempre fuiste tú. Esos criminales con dones extraordinarios salieron de ti. Tus poderes consisten en liberar de tu ser cualquier cosa que tú mismo consigas pensar, pero no las creas en tu mente, existen en ti: hay criaturas vivas, objetos, sustancias, estructuras, planetas, galaxias, universos enteros dentro de tu cuerpo. Lo sé, conozco tus secretos, muchas veces has sacado seres humanos de tus adentros, yo fui uno de ellos; al contrario de los otros, una pequeña fracción de tu cerebro se quedó conmigo, digamos que soy tu consciencia, adquiriré tu mente. No se lo diré a nadie, no me queda mucho tiempo, solo quería que oyeras esa verdad que tanto niegas, que no quieres enfrentar. Tú concebiste a los malditos que derrotaste, debido a sus actos hubo muchas muertes, y el público te aplaudió. Tú creaste las tragedias naturales que barrieron parte del globo, luego estuviste ahí, para los damnificados. Me pregunto de qué más tuviste el control, especularé: todo, desde el inicio de los tiempos, es obra tuya, quizá el tiempo mismo, y antes de conocer tus capacidades vivías en un no tiempo. Inventaste la idea de superhéroe y te convertiste en uno. Debe resultar genial sentir los clamores, la admiración, el amor de las personas... y ha de ser triste, en especial cuando vas a dormir, saber que fuiste tú quien los hizo sufrir tanto.

Parece que deseas matarme, pero te contienes, no hace falta. Estás en tu ocaso, ya no sabes qué hacer, meditas y nada se te ocurre. Ahora te diré algo en lo que seguro has pensado; lo gritaré, a ver si reaccionas: ¡NO ERES UN HÉROE!

El anciano se fue con lentitud haciendo marcas en la arena con su bastón. El Contenedor miró a los individuos que se movían como hormigas a la distancia. Sentía una rabia ligera, se dijo que era tiempo de pensar en otra cosa. Miró hacia el cielo, abrió su pecho, cogió la tierra, el aire, las nubes, la vida. Atrapó los planetas, el sol y más; lo puso todo dentro de sí. Solo quedó un vacío negro en el que flotó dormido. Tal vez el reposo le daría nuevas ideas.



EL MAESTRO

ALBERTO CABRERA CENTENO

Elijah Bishop se encontraba en su despacho, en la sede de su corporación, sólo, como había estado siempre, sólo con su visión de un mundo perfecto; una visión que hacía unos años por fin se había materializado, sus deseos más salvajes se habían visto realizados, sin excepción alguna. Ahora, desde lo más alto del mundo, de pronto todo parecía insignificante. Incluso lo que había tenido que pasar para llegar hasta ahí se le antojaba como algo casi irreal, como si fuera un relato de las vivencias de otra persona, un extraño que nada tenía que ver con él, y en cierto modo así era. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser "El Maestro", para convertirse en algo más.

Un sonido le sacó de sus ensoñaciones, un golpe que había agrietado el ventanal desde el cual se veía la ciudad a sus pies. A aquella altura no era probable que fuera un ave, pero ¿qué otra cosa podía ser? Al acercarse a la ventana vio a un hombre flotando a centenares de metros sobre el suelo, con su puño aún pegado al cristal. Le costó reconocerlo sin su colorido uniforme, con aquella barba desaliñada, el pelo largo agitándose y aquellos ojos que antaño irradiaban esperanza y que ahora estaban desprovistos por completo de ella, pero era él, "El Guardián". El ser más poderoso del mundo, capaz de proezas propias de los héroes y dioses de las anti-

guas mitologías, el salvador venido de un planeta más allá del universo conocido, el mayor superhéroe que jamás había existido. Ahora era simplemente un hombre vencido que le miraba con amargura.

Durante años fue su némesis, un ser sobrehumano que frustró uno tras otro sus intentos de hacerse con el poder, en aquellos tiempos en los que aún era "El Maestro", no tanto un alias como una promesa, la de convertirse en el dueño del mundo. Todos sus planes para conseguirlo habían sido frustrados, millones de dólares en recursos desmantelados por un ser que era poco menos que un dios.

Resultaba irónico que sólo cuando dejó de ser "El Maestro" para ser simplemente Elijah Bishop sus planes comenzaron a funcionar. Hacerse con el control de los medios de comunicación fue la primera fase de su plan. Con ellos en su poder cada logro del "Guardián" se veía desvirtuado para convertirse en un nuevo éxito de las fuerzas de seguridad privadas de Industrias Bishop, o bien en el ataque terrorista de un demente todopoderoso cuyo único fin era destruir el delicado equilibrio sobre el que se sustentaba el mundo.

Después comenzaron sus ataques reales: epidemias cuyas curas venían de sus compañías farmacéuticas; conflictos sofocados con las mismas fuerzas bajo su control que los instigaron en primer lugar; contaminación descontrolada cuyos remedios estaban bajo su control; crisis económicas cuidadosamente orquestadas que los gobiernos sobrellevaron gracias a su experto consejo.

Para cuando el mundo estaba sumido en el caos que él mismo había provocado ni siquiera tuvo que tomar el poder, se lo entregaron con gusto, desesperados por un salvador que les diera otra oportunidad para seguir viviendo en aquel mundo maltrecho y moribundo. Con gusto aceptó.

Fue entonces cuando pudo imponer su férreo control sobre el mundo, todo por la seguridad de sus habitantes. Su dominio sobre la información aplacó todas y cada una de las voces disidentes que surgieron. Los políticos que aún detestaban algún poder se habían convertido en marionetas bajo su poder. Se había convertido realmente en "El Maestro".

En cuanto al "Guardián", desapareció del mapa tan pronto como el apoyo de las masas desapareció; aquellos a los que él había dado todo le veían tan sólo como a un alienígena que había venido a su mundo a sembrar el terror. Respecto a los otros héroes, sencillamente no eran rivales para él ahora que los ejércitos estaban bajo su control, algunos incluso aceptaron su visión y se pusieron a sus órdenes.

Ahora su mayor enemigo estaba frente a él, testigo de su grandeza, vencido por completo. Elijah sonrió, verle así hacía que su triunfo estuviera al fin completo.

El Guardián dio un segundo puñetazo al cristal, haciendo añicos el ventanal blindado. Sin darle tiempo alguno a reaccionar, agarró a Elijah y lo arrastró hacia el exterior, sujetándolo en las alturas, flotando ambos sobre un imperio construido sobre mentiras y traición.

El Guardián le obligó a mirar hacia abajo, hacia las calles vigiladas por cámaras y drones de seguridad que controlaban cada uno de los movimientos de las multitudes ensimismadas que se movían mecánicamente, siguiendo tan sólo el orden establecido. Desde aquella altura parecían minúsculos, pero podía imaginar sus rostros, desprovistos de pasión, de vida, de esperanza, como los de su enemigo.

—Espero que haya valido la pena.

La voz de su archienemigo había perdido aquella confianza que le caracterizaba. Sonrió de nuevo, sintiéndose una vez más como "El Maestro", victorioso.

—Oh, ya lo creo.

No lo golpeó, no hubo réplica ingeniosa como las de antaño. Se limitó a soltarlo.

Mientras caía hacia su inevitable muerte, se regodeó en su triunfo, había conseguido lo que nadie jamás había podido, "El Guardián" por fin había tomado una vida humana. Su victoria estaba completa.



PECADORES

LEONORA ZEA

“**N**uevas leyes impuestas por el gobierno como forma de control natal entrarán en vigor de forma inmediata” decía el periódico que María sostenía entre sus manos temblorosas.

Aunque los rumores sobre dichas medidas se escuchaban entre los vecindarios y los supermercados, María se había negado a creer que el gobierno se atreviera a hacer algo así.

El gobierno, entre la sobrepoblación y todas sus consecuencias y el exterminio de la sociedad, prohibió la actividad sexual entre dos o más personas, y para evitar caer en estas prácticas ilícitas, el único placer permitido a ojos de la ley era el autoplacer. En su lugar se había apostado por la adopción y la inseminación artificial cuidando de que solo hubiera un hijo por familia.

Ahora en los hospitales de gobierno en vez de regalar preservativos regalaban vibradores, revistas pornográficas y demás artículos para fomentar el autoplacer y así reducir la sobrepoblación, la hambruna, y el calentamiento global por mencionar algunos de los males.

—¿Ya viste el periódico? —preguntó María con la voz quebrada.

—Ya lo veíamos venir, cariño —respondió Jerónimo más concentrado en su primera taza de café que en los ojos vidriosos de su esposa.

—Sí, pero nunca lo creí posible... es decir... no pueden tener acceso a nuestra casa, a nuestra habitación... es nuestra vida ¿no? ¿Qué van a hacer, poner cámaras en todos lados? ¿Espiarlos?

—Mami, tengo hambre —interrumpió Sofi quien sostenía con ambos brazos al señor Tedy.

El plan A del gobierno había fallado. Eran tantas las denuncias anónimas sobre actividades placenteras o sexuales que habían saturado los ordenadores, por lo que había sido imposible dar con todos aquellos que se atrevían a contradecir la ley.

Fueron varios ensayos, varios meses de prueba y error por parte del gobierno hasta que dieron con el método adecuado a la situación:

En las calles, en los hospitales, en las estaciones de policía, en los centros comerciales, incluso en las escuelas había lo que el Gobierno había nombrado “secreterismos”, que no eran más que un buzón en donde se metía un formulario para saber los datos de los delincuentes y de ser posible adjuntar alguna prueba.

Con el éxito de los secreterismos, el Gobierno hizo un trato con la televisora más importante para transmitir en vivo una suerte de lotería en donde un juez, siempre con una máscara victoriana, leía los cargos, presentaban las pruebas y dependiendo del veredicto eran fusilados o perdonados.

Los secreterismos pronto se volvieron una caza de brujas. Bastaba un desacuerdo con un vecino, una mala calificación o un corazón roto para que tu nombre quedara grabado en esas hojas amarillentas con sello rojo.

Claro que hubo protestas, manifestaciones, atentados contra el gobierno disparos y bombas en contra del presentador conocido como Ignotus, el rostro, la representación física de ese nuevo orden, pero a pesar de todo, como si de un superhéroe o un supervillano (según quien lo viera), cada domingo a las 12 del día, aparecía Ignotus, listo para torturar y sentenciar al pobre mal nacido que había hecho enojar a alguien.

María y Jerónimo, como muchas otras parejas, habían puesto el miedo y a su hija por sobre el deseo y el placer, pero el cuerpo de María cada vez pensaba menos en Ignotus y cada vez más en sus deseos. Claro que tenían sus juguetes, películas y revistas pero no bastaban. Nada podía sustituir las manos de Jerónimo apretando violentamente sus senos, sus dedos humedeciendo su clítoris, los besos en el cuello; un pedazo de plástico, por más velocidades que tuviera, no podía compararse con sentir el miembro duro de su esposo, sentirse penetrada, sudar entre sus brazos, regalarle sus gemidos y orgasmos.

No es que no tuviera miedo, claro que lo tenía, sobre todo por lo que pasaría con su hija si alguien los llegase a ver, a escuchar... de tan solo imaginar su nombre en esas horribles hojas, de imaginarse frente a aquél ser inmortal, pronunciando su nombre y sentencia... Las pesadillas con Ignotus la calmaban por un tiempo, pero las ganas siempre volvían.

—Ya no aguanto, Jero, te necesito —le había confesado después de unas copas de vino.

—Y yo a ti, Mari, pero es demasiado peligroso...

—Podríamos hacerlo ahora... Sofi duerme... no haremos ruido —María, presa de sus deseos, empezó a desvestirse poco a poco, con movimientos sensuales, primero acariciando sus senos duros que imploraban ser mordidos y tocados, luego se dejaba caer un tirante, ahora sus manos jugaban entre sus piernas, su sexo... la boca cada vez más cerca de Jerónimo...

—Por favor, amor, tenemos que parar... ya nos hemos arriesgado muchas veces —decía la voz de Jerónimo, pero sus manos volvían a aferrarse a las nalgas de su esposa, arriba del camisón, debajo del camisón. La agarró por la cintura, enredó sus piernas sobre él, la colocó sobre la mesa, listo para volver a beber del néctar de María, listo para volver a poseerla... sus pantalones cayeron al suelo y su miembro ya duro quedó expuesto.....

—Papi, papi... el monstruo regresó de nuevo.

María se soltó llorando mientras Jerónimo se vestía al mismo tiempo que gritaba “Ya voy, princesa, ya voy”.

—¿Dónde está el monstruo, amor?

—Allí —dijo Sofi señalando hacia el pasillo.

—Ahí estábamos mami y yo, princesa, ahí no hay ningún monstruo...

—Pero yo lo vi, papi, tiene cuatro de todo...

—¿Cómo dos de todo, Sofi?

—Sí, tiene cuatro pies, cuatro brazos y creo que dos cabezas, pero no estoy segura.. Jerónimo palideció...

—Y dime, princesa... ¿Cuántas veces has visto a este monstruo?

—Creo que solo dos... por lo general es muy silencioso, creo que no quiere que lo vea, pero a veces lo oigo...

—Y ¿le has contado a alguien, amor?

—Sólo a la tía Armida, ella me estaba contando que el señor de la tele es un héroe que castiga a las personas que no se portan bien, le pregunté si él también castigaba a los monstruos, porque a lo mejor el monstruo tiene miedo de él y por eso se esconde en la casa, pero no creo que sea malo, nunca se ha robado nada ni nos ha lastimado...

—Sofi...

El timbre sonó.

“¡Policía, en nombre del Juez Ignotus abran la puerta!”



EL MENSAJERO

CARLOS MORÁN

—Sabía que te encontraría aquí —habían pasado años desde que había descubierto lo que escondía la palestina desgastada, el casco rayado y los *googles* de aviador. Un hombre entrado en sus 30's con cabello castaño medio largo y desaliñado al igual que su corta barba —. No has cambiado nada.

—Y no lo haré. No debería sorprenderte —contestó con su voz profunda y una sonrisa cálida mientras atizaba el fuego, devolviéndolo a la vida.

—Dime ¿cómo está el camino? —la chica inspeccionaba el casco con sus manos y curioseaba en la moto llena de polvo, raspones y compartimientos, lista para acarrear sus entregas.

—¿Qué te digo? Sigue lleno de animales mutados, gente infectada y merodeadores.

—¿Y te los has encontrado? —sacó el machete de la funda al costado del vehículo. El hombre se levantó y detuvo la mano de la chica para quitarle el arma.

—Más de una vez. Pero eso ya lo sabes.

—Vamos, Carter. Por favor, cuéntame algo quiero saber como es todo allá afuera.

—El mundo allá afuera —acabó casi en un susurro. Contemplaba el fuego y se sentaba mirando hacia el suelo, hacia la nada. —El mundo allá afuera no ha cambiado en los últimos doscientos años, Ángela. La “pandemia”, el gran experimento con virus y vacunas provocó tanto caos que le tomó a la naturaleza más de la mitad de ese tiempo poder recuperar el equilibrio, y otro tanto para que la sociedad pudiera

volver a empezar. Aunque no estoy seguro de que lo haya logrado todavía, el mundo no se acabó, pero va en un rumbo que hace más difícil sobrevivir, y el sueño de un lugar seguro se desvanece cada vez más rápido.

—Qué lúgubre —la chica se sentó frente al fuego, a la vista del hombre—. ¿Tenías eso en mente cuando tomaron aquella foto de la fundación del pueblo?

—Esa foto —se rió—. Tú abuela debió quemarla.

—Que bueno que no lo hizo, si no, estarías solo y no hablarías con nadie. Solo serías el cartero misterioso que no habla con nadie.

—¿Y cómo sabes que no hablo con nadie?

—Por favor. ¿Me vas a decir que tienes más amigos en todos los otros pueblos? No deberías decir mentiras tan obvias.

Carter se rió al observar su mano. El silencio de la noche en medio del valle era lindo, ofrecía un refugio de todo lo que acechaba en su camino, los obstáculos y monstruos que lo atacaban y los que cargaba con él. Un ruido a lo lejos anunció el fin de ese refugio.

—Escucha —Carter se puso de pie y le dio indicaciones a Ángela en voz baja—, tienes que irte de aquí.

—¿Qué ocurre? —De la oscuridad emergió un grupo de hombres con ropas llenas de polvo, desgastadas por el camino y portando armas, algunas sencillas como cuchillos, machetes y hasta palos. Uno traía un arpón oxidado y otro una ballesta, ellos eran los más peligrosos—. Merodeadores.

—Vete y no le digas a nadie.

La chica se levantó, dio media vuelta y tras unos pasos se detuvo. Tres hombres más, con cadenas, hoces y otra ballesta, impedían el paso.

—¿Es esta otra de tus víctimas, Acechador? —indicó el de la ballesta. Vestía una cazadora vieja de cuero, desgastada y algo quemada con una bandana en la cabeza.

—¿Acechador?

—No les hables, Ángela. No entenderán razones.

—¡Carter no es ningún “Acechador”! —la chica gritó con ira.

—¿Carter? ¿Ese es tu nombre? —se mofó el líder— Carter “el cartero”. Carece de imaginación ¿no crees, Acechador?

—¿Qué quieren estos merodeadores? —preguntó Ángela a su amigo, pero el líder la escuchó, provocando su enojo.

—¿Merodeadores? ¡No! Te equivocas, niñas. Nosotros no somos merodeadores. No. Nosotros somos retribución.

—¿De qué hablas?

—Son un grupo que me ha estado siguiendo desde hace tiempo —interrumpió Carter.

—¿Intentan robarte? —inquirió la chica.

—¡Entiende! —renegó el líder—. ¡RETRIBUCIÓN! Estamos aquí para asesinar al Acechador. El monstruo mutado que ha acabado con inocentes en cada pueblo que se detiene. Por más de medio siglo ha ido de pueblo en pueblo, con su fachada de “mensajero” pero en realidad es una bestia disfrazada y en cada pueblo que pasaba dejaba un rastro, esparcido por el tiempo para que no lo notara nadie —el hombre sacó una libreta de cuero llena de hojas y recortes que sobresalían—. Hasta que alguien lo notó y la asesinaste. A ella y a toda su familia.

—No es cierto. Carter nunca...

—Revisa su caja. De seguro aún tiene ahí su trofeo ¿no es cierto?

—Ángela, no —Carter advirtió a la chica —es una trampa.

—¡Silencio! —disparó una flecha al hombro del mensajero, provocando los gritos de Ángela. El hombre apuntó a la chica mientras los otros dos apuntaban al herido, el resto esperaba, listos para reaccionar en caso de ser necesario —. Ahora, revisa la caja.

Ángela se acercó a la moto, se dio cuenta de la pequeña ballesta escondida al otro lado. Sabía que podía al menos atinarle al líder, pero la situación solo se complicaría con Carter herido y otros dos listos para dispararle. Volteó a ver a su amigo y este le asintió con el rostro, indicándole que estaba listo para evadir las armas apuntadas contra él.

—¡Apresúrate! ¡Y nada de cosas raras o ambos morirán!

La chica llegó al vehículo, y una idea cruzó por su mente: Si mostraba la caja vacía, eso los desconcertaría, dándole mayor tiempo para atacarlos y salir con vida. La chica desabrochó los seguros de la caja.

—Ángela ¿qué haces? —gritó Carter.

Levantó la tapa, y sin mirar en su interior, volcó el contenido de la caja, confiada de que el desconcierto le daría la oportunidad que deseaba. Pero algo cayó de su interior, golpeando en seco el piso y rodando hasta los pies de Ángela. Los ojos opacos ante la luz del fuego se clavaron con la mirada de la chica. Con el iris grisáceo y el cuello cercenado, la cabeza pálida con sangre seca que brotaba de la base y la boca. Un trofeo macabro que invertía por completo el panorama.

Ángela levantó la mirada, ensordecida por la realidad, se percató que el hombre y su banda reaccionaron con rabia ante la revelación, pero el sonido la eludía. Buscó a su amigo, aún en el suelo. Herido se levantó con una sonrisa en el rostro y cuando levantó la mirada, pudieron ver sus ojos negros con llagas abriéndose paso hacia su frente y mejillas. Su piel palidecía y sus dientes se alargaban junto a sus uñas. La flecha cayó de su hombro con muy poca sangre en ella y provocando un sonido que se perdía con el tronido de huesos en el cuerpo del mensajero.

—Bueno, parece que hoy me llevaré más trofeos conmigo.



EL LOCO DE LOS LIBROS

MIGUEL ÁNGEL DIAZ BARRIGA N.

—¿Escuchaste lo que hizo ahora el loco de los libros? —preguntó el joven Daniel, mientras tomaba una pieza astillada de la línea de producción y la tiraba al depósito de basura.

A su lado estaba el viejo Efraín, nadie sabía cuántos años tenía, pero era muy viejo —Ese loco trabajaba aquí ¿Sabías?

—¿Qué? ¿Es verdad? —preguntó Daniel asombrado —¿Ese terrorista?

—Sí, a unos lugares más para allá—dijo Efraín señalando a su derecha, donde un operador alineaba las piezas de la fábrica para el empaque. —Yo era joven, pero él lo era más. Era alguien normal, como tú y yo, hasta que un día empezó con sus locuras.

—¿Tú viste cuando empezó?

—Sí, aún recuerdo ese día... la verdad no le había hecho mucho caso... te digo que era un buen muchacho, tranquilo y obediente, como todos, no se metía en problemas, siempre cumpliendo con su trabajo, pero un día llegó contando un sueño que había tenido, o al menos así los llamaba porque según él eran algo distinto. Dijo loqueras de haber visto en esos sueños una sociedad distinta, una sociedad donde todo era diferente.

—¿Diferente cómo?

—Dijo que los hombres sabían leer y escribir, y que muchos lo hacían por gusto. Que las personas compraban cosas a su antojo como aparatos para comunicarse, con pequeñas pantallas donde veían noticias y escribían lo que pensaban. Que se unían a otros de forma libre, por amor, y no porque eran compatibles, hasta decía que algunas uniones eran del mismo sexo. Incluso que la gente decidía en qué trabajar y estudiaban para eso.

—¿Te imaginas? ¿Querer leer? ¡Pero sí que enloqueció! ¿Leer, escribir por gusto? ¿Matrimonios del mismo sexo?

—Sí, y eso no era lo más raro. Una vez me dijo que si yo hubiera aprendido a leer y a escribir, que si hubiera... ¿cómo dijo? ¿estudiado? sí, era eso, que si yo hubiera estudiado sería dueño de una fábrica como esta y viviría como el Alto Líder... y también decía que el líder se escogía de entre un grupo de personas que competían para serlo, y entre toda la población lo escogían.

—Pero ¿Cómo lo elegían si había distintas personas?

—¿Yo qué sé? El punto es que desde ese día, empezó a tener más y más sueños en donde la gente era más feliz. Se obsesionó con eso y empezó a tratar de convencerlos de que teníamos que empezar a pensar, a tomar decisiones como quién sería el mejor líder. Después comenzó con algo peor... Decía que había descubierto la forma de sacar cosas de esos sueños. Primero trajo una hoja con la imagen de un hombre sonriente y juraba que era un cartel de “propaganda” de un candidato para ser líder. Después trajo uno de esos celular, o algo así, era un cuadrado negro de algún tipo de material de plástico y vidrio. Los jefes de la fábrica comenzaron a llamarle la atención, hasta que una vez trajo un libro y lo comenzó a leer frente a todos.

—¿Él lo leyó?

—Así es. Según él, había aprendido a leer con esos sueños. El libro se trataba de una niña que seguía un conejo blanco a un agujero y al caer en él se metía a un mundo loco, raro, donde los animales hablaban, reían, tomaban té y había una reina corta cabezas. Después leyó otro, y otro. Todos con fuerza y a todo pulmón. Siempre terminaba diciendo algo sobre el libro: “La curiosidad es importante para conocer nuevos mundos y nuevas mentes”, “¿Lo ven? Leer te puede ayudar a comprender cosas que nos pasan siempre” y cosas así. Lo corrieron, pero no dejaba de gritar afuera de la fábrica sobre la democracia o algo así, la cosa es que así la llamaba.

—¿A qué?

—A la elección del líder, a pensar, a saber, a leer en general. Algunos le empezaron a hacer caso, renunciaron al trabajo y se le unieron. Escuché que el gobierno comenzó a seguirlo y él comenzaba a tomar fama. Hasta que un día se convirtió en Xero y el gobierno tuvo que crear al Escuadrón de la Justicia para combatirlo. Y ya sabes, todo lo que ha pasado.

—Entonces es de esos sueños de donde saca su tecnología y sus armas.

—Puede ser. La verdad es que todo el asunto es una locura. Lo supe desde aquella época y lo creo ahora.

—Pues sí, la verdad no creo que algo así funcione —dijo el joven Daniel después de pensarlo un poco.

—¿Algo como qué? —preguntó el viejo Efraín.

—La tal democracia. Se me hace tonto. ¿Yo para qué quiero saber leer y escribir? suena algo aburrido y difícil, la verdad, además eso de estudiar suena a que es mucho trabajo y responsabilidad. Y ¿cómo saber que vas a escoger un buen líder? Cualquiera mentiría para que lo escogieran como líder. Todo ese poder puede hacerte hacer cosas como esa, mentir. O si me equivoco escogiendo en que quiero trabajar o estudiar, perdería vida y tiempo. No señor, gracias, estoy mejor así, sin tener que tomar decisiones. Es mucho mejor y más sencillo que el Alto Líder las decida por mí. El sistema funciona.

—El sistema funciona... —Repitió Efraín y continuaron seleccionando las piezas astilladas para sacarlas de la línea de producción. Miraban fijamente como pasaban frente a ellos y cada cincuenta o sesenta piezas aparecía una defectuosa.

—Y en ese mundo raro ¿Qué pasaba si uno quería trabajar de líder? ¿Estudiaba para eso?

—Sí, creo que sí, en algún momento Xero dijo eso.

—Está bien...—Pasaron otros minutos en silencio —Qué absurdo —soltó Daniel sonriendo con ironía, más silencio —¿Sabes? Yo siempre me pregunté qué se sentiría vivir en el palacio del Alto Líder.

—Sí, yo también...Bueno ¿Y que hizo el loco Xero de los libros? Preguntó Efraín.

—Hizo explotar un cuartel del Escuadrón de la justicia...

—Que loco...

—Así que el dueño de una fábrica ¿eh? —Ambos rieron y se quedaron en silencio casi de inmediato, exhortos en las piezas de la línea de ensamblaje. —Estaría bueno eso.

—Comienzas a sonar como el loco de los libros —soltó Efraín de mal humor.



LA MUJER DE SILICIO

PABLO SAMUEL HARO REYES

—¿Así que es la primera vez que entras, verdad? —soltó en tono de burla mientras se acomodaba la corbata. —¿Escuchaste lo que le pasó al otro tipo, no?

—Lo mandaron a una misión en las landas, en la parte meridional —respondió con tono serio.

—Ja, si, en “landas”, cómo no... escucha chico, no la cagues ieh!, no la mires a los ojos, al menos no por mucho tiempo, y mantén tu boca cerrada, a menos que te hable, ¿sí? —se volteó para hacerle una señal al guardia del otro lado y el puente empezó a descender—. Y ponte el gorro por favor, menos mal que te limpiamos y te vestimos.

—Según los índices no hay ningún peligro, camarada. —Este se devolvió con una mueca de sorpresa—. Perdón, me gustaría... —dudó por un instante—, sentir la lluvia, camarada.

—Ah, ya —se giró de nuevo dándole la espalda y haciéndole una señal para que lo siguiera mientras atravesaban el puente—, sentir la lluvia sobre tu rostro y todo eso, ¿no? —este último asintió en silencio—, sí... eso no será posible, ja, ja, a menos que quieras que se te caiga la cara, mejor quédate con el gorro.

—Pero... no entiendo, los reportes...

—Se nota que es tu primera vez, —lo interrumpió con hastío—, a veces se me olvida las mierdas que les contamos aquí, escúchame “amigo”, solo haz lo que te digo y ya, acomódate la chaqueta, ella odia eso. Bien, una vez que salgamos al exterior no

hagas nada de lo que quieras hacer ¿entendido? Solo síguenos el ritmo ¿sí? Sé que este debe de ser tu gran momento en la vida, por salir al exterior y todo eso, pero no olvides porqué estás aquí. Serás introducido como teniente ¿ok? Y si todo sale bien podrás quedarte con el título.

—Entendido.

Ambos pasaron por varios puntos de control, donde fueron revisados exhaustivamente antes de dejarlos pasar. La oscuridad reinaba sin ningún rival aparente, más allá de los pobres focos de luz roja que estaban apostados a unos cuantos metros de distancia en largos postes, dejando entre estos largos espacios de oscuridad, podía sentir cómo unas pequeñas gotas caían desde las enormes tuberías que se entrelazaban en el interminable techo absoluto. En su mayoría no se veían, pero podía escuchar el agua recorrer los ductos y ver sus sombras removiéndose en el ligero tono rojo. Pensó si las gotas que le caían le causarían algún daño.

—¡Eh! —Sonó por delante de él en la oscuridad, un rostro salió del abismo iluminándose en el tono rojo de las luces, unas grandes ojeras le vieron de vuelta, dejando a relucir una barba mal cortada y un gesto de cansancio, no pudo distinguir de qué color eran sus ojos—. No te separes, ya estamos cerca. —Y volvió a desaparecer en las sombras.

—Perdón —adelantó el paso hasta poder sentir su presencia enfrente de sí—. Es que, nunca he estado tan lejos.

—Sí, me imagino —y continuaron en silencio por un rato—, a propósito, ¿cómo es la vida allá adentro, eh?

—Creía que tú también venías de aquí...

—Sí... bueno, ya no me acuerdo la verdad.

—Es difícil... ya sabes, nunca poder ver la luz del sol, vivir en la oscuridad con los gases de las minas, el hambre, pero gracias a los suministros de la general tenemos esperanza.

—Me imagino —respondió indiferente—, bien, ya llegamos.

—Es... El elevador, ¿cierto? —habló sin poder contenerse—, entonces sí existe —soltó aliviado. —Quiere decir qué podemos subir al exterior, los árboles.

—Ammm, sí, —señaló con un ademán para que se metiera y cerró tras de sí— ¿A qué te dedicabas? Tengo entendido que eres el único que sabe de rocas.

—Geólogo, camarada.

—Cierto, bueno, haz un favor a todos y cuando llegemos a la superficie trata de comportarte, —las luces *flasheaban* a su alrededor fruto del ascenso acompañado por un chirrido agudo—. Si tienes suerte y haces tu trabajo, nunca más tendrás que regresar a este agujero —asomó una ligera sonrisa—, de hecho, pase lo que pase, nunca regresarás aquí, te lo aseguro ja, ja.

Pasaron varios minutos hasta que sintió el freno del elevador, estaban desacelerando, la cápsula se agitó un poco hasta detenerse por completo y las compuertas se abrieron, el hombre se levantó acomodándose el gorro militar y el uniforme y con un pequeño ademán, saludó a los guardias que estaban apostados ahí y le señaló que lo siguieran por el largo pasillo que se abría frente a ellos. Cada vez podía escuchar más el sonido de la lluvia sobre el techo y no pudo evitar emocionarse. Al final de este, otro hombre uniformado los esperaba.

—Creía que ibas a llegar más tarde. —saludó apretando la mano de su guía— ¿Este es el chico?

—Parece ser, es su primera vez —lo señaló con un dedo, el otro chasqueó la boca.

—Más le vale no cagarla enfrente de ella o terminará como...

—Sí, sí, sí, ya le dije —ambos lo miraron desde la oscuridad—, no causará problemas.

—Bien, vámonos entonces, los ha convocado a todos, creo, ya deben de estar afuera.

—Su guía se volteó hacia él y le guiñó el ojo.

—¿Oíste, muchacho? Todos te están esperando.

Y se abrieron las últimas puertas dejando entrar el estruendoso ruido de la lluvia y una pálida luz grotesca, ambos hombres no vacilaron al salir al exterior empapándose con la lluvia sin importancia, pero él dudó por un segundo, quedándose a la orilla de la salida. El exterior no era nada parecido a lo que se había imaginado, enormes nubes negras se extendían por todo el cielo dejando míseros espacios donde podía atravesar una ligera luz pálida, la tierra estaba completamente desolada y se había tornado de un color rojizo chillón, no se veía ningún árbol y el frío rápidamente le caló hasta los huesos, miró la lluvia de nuevo, era color negro.

Ante la mirada impaciente de su guía se acomodó el gorro y salió siguiéndolos por detrás, caminaron por varios minutos sobre un pequeño camino de cemento que conducía por detrás de una ladera. Cruzaron por en medio de lo que parecía ser una explanada derruida. Una carpa se alzaba sobre el camino. Al acercarse vieron a cuatro personas de igual forma vestidas con el uniforme militar rodeando a una mujer sentada en lo que parecía la única silla.

En el momento que se acercaron ella se levantó. Era tan alta como él y su cabello oscuro estaba sujeto en una coleta hacia atrás, vestida con una enorme capa negra con lo que parecía ser piel de un gran oso, sus ojos rápidamente penetraron en los de él, haciendo que desviara la mirada con vergüenza. Era la única que no se cubría la cabeza.

—General Serana, discúlpennos por la demora, pero se nos dificultó encontrarlo. —Ambos hombres se arrodillaron enfrente de ella, él con vergüenza también lo hizo torpemente.

—¿Este es el geólogo? —preguntó uno de los hombres más viejos que se encontraban ahí.

—Así es, déjenme presentarles al teniente Roger, viene directamente de los refugios mineros, al parecer es el único del lugar. Vamos, Roger.

—Mi señora —se volvió a agachar torpemente enfrente de ella—, es un honor poder servirle.

—El honor es mío, teniente, —habló asomando una sonrisa juguetona—, ven, acércate, necesito que me digas si puedes identificar esto —y de entre sus ropas le extendió una roca color plateado grisáceo, él la tomó entre sus dedos y la giró sobre sí, tenía cristales opacos color negro y marrón.

—Esto es uraninita, mi señora. Es un mineral metamor...

—¡Sí! —exclamaron los cuatro hombres entre sí, dándose de palmadas y abrazándose los unos a los otros.

—Si te llevo a otros lugares —le continuó hablando la general ignorando el ajetreo atrás de ella— ¿podrías reconocerlo y enriquecerlo?

Dudó por un segundo —tal vez con la cantidad de gente necesaria y el equipo...
—¡Perfecto! —saltó de alegría dándole una palmada en el hombro—, comandante Rudeus, prepara las naves de guerra, alzamos vuelo en este instante.
—La flota estará lista, General, deme 45 minutos.
—Movilicen también a los refugios, quiero todos nuestros equipos de oxígeno y agua, al igual que nuestra maquinaria pesada en los túneles hacia el sector B.
—Así se hará, General —respondió su guía retirándose corriendo al lugar de donde venía.
—Espere, espere, —habló confuso— ¿qué está pasando? ¿Evacuará a la gente de mi refugio? —Ella lo miró y se rio.
—Estamos en guerra por si no lo sabes, ahora mismo nos encontramos en los restos de lo que fue Asia, y con tu ayuda, podremos identificar las reservas de uranio y enriquecerlo de lo que queda de las capitales unidas en Europa, tenemos que mover nuestra industria subterránea antes de que bombardeen con armas atómicas, tenemos que estar en movimiento.
—¿Y mi refugio? sin esos equipos la gente de ahí no sobrevivirá, necesitamos los equipos de oxígeno, necesitamos... también los evacuaran ¿cierto? Nos dijeron...
—¿Para qué gastar recursos en algo tan inútil? —Su mirada se afiló y frunció el ceño—, ¿por qué tendría que salvar a esos seres tan patéticos? Son una escoria que no sirve más que para morir en mis minas, y ahora que te tengo a ti, ya no los necesito. No me importa como mueran, animales como esos los encuentras en cualquier agujero. Desde aquí lanzaremos nuestras ojivas nucleares. Comandante, prepare las lanzaderas y agarren en custodia a nuestro querido amigo.
Uno de los hombres lo tomó por la espalda y puso su mano sobre su brazo, él no opuso resistencia. —No entiendo —murmuró atónito. Sentía cómo el alma se le escapaba del cuerpo mientras intentaba no caer en la locura—, nos dijeron que el mundo era diferente, ino puede hacer eso! ¡De verdad los dejará morir! ¡Hay cientos de miles de personas en ese refugio! —gritó al borde de las lágrimas.
—Y 5 millones en las capitales unidas de Europa tengo entendido. Escúchame Teniente Roger, yo sé que todo esto es una sorpresa para ti, pero ya pasamos la amenaza de la autodestrucción mutua, esto que ves aquí es todo lo que queda, un páramo inhabitable, lleno de pequeñas mierdas como tú viviendo bajo tierra, si tan solo supieras lo que he visto, tú mismo preferirías aniquilarlos a todos que preferir que sigan viviendo, ya no son humanos. Tu refugio es lo más decente que nos hemos encontrado y aun así es patético.
—¡No lo haré!
—Créeme —aflojó una enorme sonrisa y le tomó el rostro —no hay nada que valga la pena salvar, este es mi regalo a la humanidad, misericordia, todos morirán.



THE MUTE

RODRIGO AYALA

“Sin música, la vida sería un error”. Friedrich Nietzsche

ThE MutE viajaba de mundo en mundo alimentándose de música. Cada vez que arribaba a un nuevo planeta, aquel ser vestido de negro provocaba una epidemia creativa que impedía a los seres fabricar melodías. La música era una expresión que compartían las razas inteligentes de los diferentes universos donde había vida. Pero ThE MutE prefería el silencio y por ello es que su fuerza aniquilaba toda capacidad de crear canciones. El monstruo vivía de aquella genialidad robada a los músicos. Era una especie de parásito, un vampiro interestelar. El silencio instaurado en los mundos caídos en desgracia creativa lo llenaba de vitalidad (como si fuera una sanguijuela) y después continuaba con su cruzada.

Hubo diversos intentos por detenerlo. El primero provino de un cazarrecompensas, cuyo placer era tocar la guitarra. Este joven creó una melodía destinada a destruir al monstruo. El músico y mercenario viajaba a bordo de una veloz nave que se dedicó a perseguir al villano. Después de una feroz batalla en el suelo pedregoso de una luna, el guitarrista fue destruido por ThE MutE, quien clavó en el pecho el instrumento de su oponente con un feroz movimiento. Por último, lo devoró de un solo bocado.

El último gran intento de frenar al villano ocurrió cuando arribó a la Tierra. Las descargas de canciones en internet disminuyeron hasta ser nulas. Nadie buscaba videos en la web. Las pocas tiendas especializadas en la venta de discos terminaron por cerrar. Las fiestas se organizaban en casas, salones, plazas públicas, pero la música brillaba por su ausencia. Nadie sentía el más mínimo deseo de colocar música en sus coches. Los seres humanos se olvidaron de entonar sus canciones favoritas mientras se bañaban o esperaban el transporte público. Incluso, los animales cantores, como las aves, desaparecieron de manera paulatina sin dejar rastro. El mundo cayó en una especie de tristeza masiva jamás vista. Sus habitantes vivían sin alegría. Algo les hacía falta, pero casi todos ignoraban qué era. Aquella frase “Sin música, la vida sería un error”, de Friedrich Nietzsche, cobró más sentido que nunca. ThE MutE le robó a la humanidad los recuerdos de la música. Cuando ésta cesó por completo, comenzaron los suicidios en diferentes rincones de la Tierra. Un sitio sin música, era un sitio sin alma en el que no valía la pena vivir.

Un grupo de científicos sabía que el causante de aquella desgracia era ThE MutE. Se fabricó un dispositivo bélico para eliminar la presencia de aquel ser que habitaba en el pico del monte más alto de la Tierra. Cuando el villano se percató de lo que se tramaba, contraatacó con el Muteor, un arma cien veces más poderosa que cualquier bomba atómica. El monstruo lanzó un agudo alarido que resonó en los rincones más alejados del planeta, provocando una explosión titánica de fuego.

La Tierra quedó reducida a cenizas. Los pocos sobrevivientes quedaron bajo el dominio de ThE MutE, quien se alimentó de la tristeza de las mujeres y los hombres que vagaban sobre la superficie del planeta como muertos vivientes. ThE MutE les quitó incluso el privilegio de llorar. La humanidad era una cáscara vacía de emociones.

ThE MutE dejó la Tierra y se dirigió hacia un planeta rico en recursos naturales. Al arribar, el ser destructor de canciones se percató de que no había seres inteligentes, sólo animales y vegetación abundante.

Decidió tomarse un descanso. Estaba bien alimentado. Hibernaría en aquel paraíso hasta que el hambre lo despertara, pero cuando se disponía a internarse en el fondo de una caverna, percibió unas extrañas vibraciones.

Su cuerpo se puso rígido. ¿Es que acaso eso era...? Salió de la cueva y caminó varias horas por bosques, colinas, y demás. Las vibraciones continuaban. No era lo que él conocía como música, sin embargo, era algo muy parecido. Aquello tenía un ritmo, una cadencia especial. Sentía una especie de hormigueo incómodo, picaba, quemaba, le dolía.

De pronto, sintió que algo se arrastraba debajo de él. Cuando dirigió su mirada al suelo, vio a unos gusanos emerger de la tierra. Aquellas cosas de piel brillante y pálida se movían a su alrededor como si danzaran. Incluso sus bocas se abrían y cerraban como si estuvieran... cantando. Y eso sólo significaba algo...

Al caer la noche, los seres vivos de aquel lejano planeta compusieron una melodía existente sólo para ellos, pero que no era perceptible para los visitantes. Lo único que sentían eran las vibraciones confusas.

La piel de ThE MutE se desprendió de su cuerpo. Sus huesos quedaron expuestos. Su rostro mostraba un rictus de dolor que desapareció cuando la carne terminó por descomponerse por completo. Todo ello ocurría sin que él alcanzara a comprender lo que pasaba en realidad. Lo último que quedó de él fue su corazón palpitante, que cayó al suelo en medio de un charco de sangre.

Los gusanos lo olieron, los gatos lamieron un poco de la sangre, pero nadie quiso devorar aquel órgano corrupto que había aniquilado las canciones de varios mundos. El peor castigo que recibió ThE MutE fue que su corazón latió al ritmo de la música de aquel lejano y desconocido planeta.



CAUDILLO

ESCORIA MEDINA

—Yo, de verdad, buscaba un cambio. Era ingenuo, no cabe duda. ¿Que dónde se torció todo? Bueno, aquí todo está podrido. Las intenciones no bastan para sobrevivir en este medio. No, no me malinterpretes, no estoy arrepentido de nada. Volvería a hacer lo mismo una y otra vez si el resultado nos colocase de nuevo aquí...

Armando, con la pistola en mano, disparó sin pestañear entre los ojos de su adversario. Los sesos del cadáver se desparramaron sobre la alfombra arabesca. La manga de la camisa y los zapatos cuidadosamente lustrados también tenían salpicaduras de lo que unos minutos antes, era la persona más importante para la revolución.

El país se había ido al carajo. Fuimos incrédulos. El cambio llegó, pero no como nos lo prometieron. Armando Peña de Beltrán, era el candidato por el que se apostaba la última ficha. Era todo o nada. Si bien los apellidos que lo acompañaban eran un augurio de muerte, nadie quiso verlo, siquiera cuestionarlo. Era el mejor postor.

Nos prometió lo mismo de siempre, bajo el partido que nos defraudó hasta exprimirnos. Pero los otros ya lo habían intentado y nada funcionó. Debíamos regresar a lo seguro. No podíamos estar más en el fondo...

El día acordado se dieron las últimas elecciones en el país. El candidato arrasó contra sus contrincantes sin duda alguna y unos meses después, como dictaba la constitución, la banda presidencial se le otorgó al último presidente de México.

Los cambios fueron sutiles hasta que fue imposible echar atrás todo su desmadre. Primero lo aplaudimos. Los criminales cayeron uno por uno y el ejército ejecutó a cuanta persona fuera señalada como criminal sin siquiera cuestionarlo. Fue una cacería de brujas, que curiosamente se llevó entre las patas a varios activistas. La policía fue completamente sustituida por la policía militar, lo cual bajó la tasa de corrupción. Los agentes que se negaron al cambio fueron recluidos en cuarteles, disque para reeducación. Sabrá Dios qué fue de esos pobres diablos. Claro que hubo disturbios, gente en la calle, pero ¿quién podía pelear contra el ejército? Las piedras y los palos no fueron suficientes contra sus armas y entonces, se cerraron las fronteras. Llegó en un momento extraño, cuando moríamos de un virus “mundial”. Para entonces sólo podíamos creerle a Beltrán ya que los medios de comunicación sólo hablaban de lo mucho que la economía crecía, lo seguro que era el país y las buenas relaciones que se tenían en el extranjero y aún con nuestras buenas amistades, Google se retiró del país y no se pudo volver a descargar el navegador ni otros iguales. Las conexiones a internet fueron restringidas, así como varias páginas. Internet murió 3 años después de la llegada de Beltrán al poder, así que, si el presidente decía que era un virus mortal que estaba acabando con poblaciones enteras en todo el mundo, no teníamos de otra más que creerle. Incluso los ricachones se quejaron, pidieron su sustitución inmediata. Se hizo el circo, Beltrán lo permitió. La oposición, que no miraba más que por los intereses de los que sí tenían con qué, lanzaron a un pobre idiota como adversario. Beltrán era culto, bien preparado y frente al él, el payaso que era su competencia, las tenía todas de perder, pero Beltrán fue más contundente, mandó un mensaje claro y en medio de un mitin de trajeados, un grupo armado entró y se los echó a todos. No hubo sobrevivientes. Hasta ahí había llegado la oposición al régimen de Beltrán. El circo continuó y se hicieron las investigaciones. Pobres chavos a los que les cargaron el muerto, hijos de empresarios, Juniors que ni con todo el dinero de sus papás pudieron salvarlos. El ejército los ejecutó como cualquier otro criminal y se cerró el caso. Claro, a nadie le sorprendió que después de 6 años en la silla presidencial, no hubiera nadie que quisiera competir con el único candidato posible: Beltrán.

Se declararon inconstitucionales las elecciones. No había oposición. Nadie era tan idiota para ponerse al tú por tú con el señor presidente. Se armó un desmadre, diputados ejecutados por este grupo armado que “nadie” sabía de dónde había salido si el ejército había acabado con todos los narcos. Y fue así que Beltrán fue declarado presidente de México por segunda ocasión sin votos, sin campaña, nomás porque no había quien le hiciera frente. Dicen que el poder se le subió a la cabeza y la verdad que yo no lo creo. Ese cabrón ya tenía bien puesta la bala y sólo lo ejecutó. Su lema era alcanzar una superioridad social que pudiera competir al mismo nivel con otras naciones. Buscaba una sociedad enteramente mexicana, patriota, dispuesta a dar la vida por la soberanía del país. Ya se imaginarán que los que no entramos en el molde fuimos perseguidos. Era más fácil la exterminación y la creación de nuevos mexicanos nacidos bajo el régimen del general Beltrán. Aquellos que añoramos los años pasados sólo fuimos un estorbo para los planes de nuestro dictador.

Por supuesto, entre todo el caos surgió la resistencia armada. Ya no había más que perder, sólo se podía ganar de ahora en adelante. Nuestro líder nos guió al punto que mucha gente lo convirtió en casi un mesías, pero esto es México, esto está podrido hasta las entrañas y las nuevas ideas del dictador ya hacían efecto entre los más

jóvenes. La libertad que conocí era más considerada una anarquía frente al sistema que se imponía normalmente en las aulas, en los libros de historia, en todo lo que convirtió a Beltrán en un héroe, en un liberador para el pueblo mexicano. Todo se fue al carajo... Y una mañana, cuando Beltrán llevaba 12 años en el poder, nuestro líder cayó a traición por sus propios hombres. Los traidores fueron ejecutados bajo el cargo de terroristas. El perdón que se les prometió llegó en forma de bala en la sien mientras nuestro líder fue ejecutado por la propia mano de Beltrán, dando así fin a la revolución terrorista que asolaba al país de miedo y caos.

FLORENCIA FRAPP: Todos en el mundo somos grasas, no hago distinción de sexo y raza.

LEONORA ZEA: Bruja, hechicera, curandera de las palabras, las ideas y los sueños. Perseguida y buscada por hereje, por ir en contra de las reglas y las normas de la ciudad Mirtos, ciudad de frío y hierro.

ÁNGEL DIAZ: Ermitaño, viajero del mundo. Estudioso de aquellos libros escondidos o rechazados. Cazador de palabras y de malas ideas. Verdugo de atrapasueños y coleccionista de historias por contar.

ESCORIA MEDINA: Procedente de una mente descompuesta. Mediocre intelectual, andrógino, Dios fanteche de logros pueriles, de creaciones aberrantes e inestables. Todo un fraude.

